



SERVICIO SECRETO

# INFIERNO EN EL BARRIO CHINO

alar benet



Un indio, vestido de blanco, con zapatillas del mismo color, cubierto con el clásico sarape o capote de monte mejicano, que masticaba sin cesar hojas de «coca» para, privando a la planta de sus nervios, hacer una bola y, mezclándola con cal, precipitar la cocaína, noche tras noche llamaba la atención a Peter Cochano, habitual contertulio a «El As de Trébol», una taberna con pretensiones de «nigth-club». Siempre le encontraba al entrar. ¿Cómo conseguía los fondos para que no le faltara el toxicó?

El indio no reparaba en lo que sucedía en torno suyo. Sentado en la acera, con la espalda apoyada en la pared, sacaba del bolsillo hojas frescas que añadía a las masticadas. Sus movimientos eran los de un autómata.



Alar Benet

# Infierno en el barrio chino

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 745**

ePub r1.0

Lds 01.11.18

Título original: *Infierno en el barrio chino*

Alar Benet, 1964

Cubierta: Provencal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**ALAR BENET**

**INFIERNO  
EN EL  
BARRIO CHINO**

SERVICIO SECRETO n.º 745  
Publicación semanal Aparece  
los MIERCOLES

**EDITORIAL**

**BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA  
BUENOS AIRES  
BOGOTA

## CAPÍTULO PRIMERO

Un indio, vestido de blanco, con zapatillas del mismo color, cubierto con el clásico sarape o capote de monte mejicano, que masticaba sin cesar hojas de «coca» para, privando a la planta de sus nervios, hacer una bola y, mezclándola con cal, precipitar la cocaína, noche tras noche llamaba la atención a Peter Cochano, habitual contertulio a «El As de Trébol», una taberna con pretensiones de «nigth-club». Siempre le encontraba al entrar. ¿Cómo conseguía los fondos para que no le faltara el toxicó?

El indio no reparaba en lo que sucedía en torno suyo. Sentado en la acera, con la espalda apoyada en la pared, sacaba del bolsillo hojas frescas que añadía a las masticadas. Sus movimientos eran los de un autómata.

Deseando investigar a qué se dedicaba el cocainómano, Peter le golpeó con el pie en un costado.

—¡Eh!... ¿Qué haces?

El aludido no alzó la cabeza y fue preciso que el gángster le pegara con mayor fuerza para que le mirase.

—¡Sigue tu camino!

—¿Te gustaría ganar unos dólares?

—Ahora no; luego.

—Bien; entra a buscarme cuando termines.

El indio no respondió. Cochano no ignoraba que apenas el hombre sintiera los efectos de la cocaína, en lugar de dormirse, como sucede con el opio, se encontraría en disposición de realizar duros trabajos, desapareciéndole el hambre, la sed y el cansancio. Durante su estancia en América del Sur fue subvencionado por varias empresas mineras para que instalase puestos de venta de hojas de «coca» a la entrada de los pozos, con lo que si bien se

arruinaba la salud de los hombres éstos rendían como máquinas, sin aparente esfuerzo.

Penetró en el *cabaret*. No confiaba en que el cocainómano se acordase de su oferta.

Quizá la posible ganancia excitase su memoria.

—Hola, Peter. No hay mesas libres. ¿Quieres sentarte en la mía?

El gángster se volvió a la que le saludaba, una mujer de unos treinta años, prematuramente envejecida.

—Gracias, Brenda. ¿Me esperabas?

—Sí. Hoy te has retrasado. ¿Un buen asunto?

—Sólo en proyecto.

Atravesaron la sala, en cuyo centro bailaban algunas parejas y en la que la atmósfera, enrarecida por el tabaco, era casi irrespirable. Acomodáronse en un lateral, próximos al tablado que ocupaba una orquesta de «jazz».

La mujer dejó a Cochano para ir al mostrador por una botella y dos vasos. Explicó al regresar:

—Los camareros son insuficientes. Se ha congregado aquí medio «Chinatown».

—Las bebidas son baratas. Los alcohólicos quieren mucho licor por poco dinero.

—Gran negocio el tuyo, Cochano.

El miró a su interlocutora sin pestañear.

—No te entiendo.

—Es inútil que finjas. Me enteré casualmente de que te pertenece. Me da lo mismo. No estoy a tus órdenes ni a las de nadie. ¿A qué otras cosas te dedicas? Me he esforzado en vano en averiguarlo.

—Secreto profesional. No me fío de ti.

—Haces bien en poner un «hombre de paja», un «testaferro», en «El As de Trébol». La policía tiene ganas de «echarte el guante». Alcide Pella, tu socio, es inteligente. ¿Qué miras? ¿A ese indio?

—Sí. He de hablar con él. Condúcele a mi reservado.

—No soy una camarera.

—Eres mi amiga. Hazlo; te lo ruego.

—Así es otra cosa.

Peter Cochano desapareció tras una puertecilla, junto a la que se hallaba un individuo de aspecto brutal, que le saludó con el gesto.

No quería que nadie le viese con el mejicano por lo que pudiera ocurrir en el futuro.

Con un llavín abrió el reservado, cerrando tras de sí. Aquél era su cuartel general, el sitio desde el que preparaba las operaciones delictivas que le estaban enriqueciendo. Sus hombres montaban guardia en el local para protegerse de los «gangs» enemigos y de los agentes secretos del gobierno. La habitación no era muy amplia pero estaba adornada con gusto, predominando la comodidad. Al fondo, a la izquierda, un armario que ocultaba una salida secreta y junto a él una mesa de trabajo. Un tresillo de cuero, una mesita de centro y media docena de sillas completaban el mobiliario. En las paredes retratos de Al Capone y Dillinger, a quienes Cochano consideraba los «reyes del delito».

Sentado en un sillón encendió un cigarrillo en el instante que llamaban a la puerta, que franqueó para dar paso al indio y a Brenda. La mujer fue a retirarse más el gángster se lo impidió:

—Quédate. Te necesito, si aceptas.

—Depende de lo que se trate.

—De algo para lo que no me sirve ninguna de las que conozco. Sabes ser una señora si te lo propones. Quizá te interese en mis negocios.

—Gracias. Lo pensaré yo también.

—¿Cómo te llamas, amigo?

El «cocainómano», con voz ronca, respondió:

—Jim Brewer. ¿Y tú?

—Peter Cochano. ¿Naciste en Méjico?

—No. Soy inglés. Mis padres me llevaron de niño a Chihuahua. Me hablaste de ganar unos dólares. Los necesito para comprar hojas. Haré lo que sea.

—Así me gusta. ¿Llevas mucho tiempo en San Francisco?

—Unos meses. Pasé la frontera sin documentación, por el desierto de Gila. Un hombre me despertó mientras dormía y le acuchillé. Pude escapar. He robado, principalmente a extranjeros.

—¿Dónde te alojas?

—Cada día en un lugar distinto. ¿Cómo te fijaste en mí?

—Quiero que provoques un alboroto en un *cabaret* y luches contra un individuo. Me da igual que venzas o no. ¿Comprendido? La paga son cincuenta dólares.

—Acepto.

—Espérame, Brenda. Voy a darle un traje de los míos. ¿Te sonríes?

—Sí. Me figuro tus propósitos. ¿Hank Deering?

—Eres muy lista. Presume de que nadie es capaz de desafiarle. Jim Brewer lo hará.

Ahora charlaremos nosotros.

—¡Matará al...! —Iba a decir indio, pero se contuvo.

—¡No sabes de lo que es capaz un hombre bajo los efectos de la «coca»! Aguárdame aquí. Quiero que tú colabores...

\* \* \*

El asombro hizo que los ocupantes de las mesas contiguas a la del temido «boss» guardaran silencio, que se contagió a los encanallados parroquianos de la taberna de Hank Deering, hombretón de anchas espaldas cuya poderosa musculatura imponía pavor. Jim Brewer insistió:

—He de bailar con la que te acompaña.

El gángster fue a incorporarse con violencia. Brenda Lytton le sujetó por el brazo.

—Está borracho. No sabe lo que dice. ¡No le hagas daño! Eres el más fuerte de «Chinatown».

Fanfarrón, halagado por aquella mujer que frecuentaba todos los establecimientos de recreo del barrio, una indeseable más, Deering barbotó:

—Me bastará rozarle para que mida el suelo. No le quedarán ganas de desafiar a nadie.

Se desasíó de la mano femenina. Uno de sus guardaespaldas dio órdenes a los camareros para que retiraran varias mesas. El «boss» se acercó mucho a Brewer.

—¡Tienes un minuto para pedirme perdón!

—Sobra. Deseo probar si eres tan valiente como aseguran.

—A tu gusto. Ponte en guardia.

El gángster retrocedió unos pasos. Jim, con los ojos chispeantes de excitación, aguardó la brutal acometida, que no iba a tardar en producirse.

Hank Deering, tras sonreír a Brenda, quitóse la americana

dejando al descubierto unos músculos de acero, que se adivinaban pujantes debajo de la fina camisa de seda. Luego, se lanzó al ataque. Su sorpresa no tuvo límites. Su puño no alcanzó al que lo desafiaba, que, en un hábil esguince, le propinó un fuerte golpe en el hígado que le hizo palidecer de dolor.

El gángster se detuvo unos segundos para estudiar a su enemigo, cuya movilidad comenzaba a desorientarle. Masculló:

—¡No bailarás mucho!

Jim Brewer, sonriendo con desprecio, repuso:

—¡Veremos! Ya era hora de que alguien cortara la cresta al gallo de «Chinatown».

Pronunció la frase con el deseo de encolerizarle. El joven no ignoraba que su rival era peligroso.

Cambiaron fuertes golpes, animados por los gritos de los que les rodeaban. Algunos, aunque no se atrevían a confesarlo, deseaban la victoria de Jim. La despótica y brutal autoridad del «boss» le granjeó numerosos enemigos.

Brewer, seguro de que si era alcanzado por uno de los rechazos de Hank podía dar por perdida la pelea, con ágil juego de piernas, esquivaba sin cesar en espera de su oportunidad, que no tardó en presentársele. Ciego de furor, moviendo ambos brazos como aspas, Deering quiso aplastar a su rival. No consiguió otra cosa sino encajar una serie de directos que, partiéndole ambas cejas, hiciéronle retroceder.

Los comentarios de los que presenciaban el combate acallaron las maldiciones del gángster. Brenda Lytton sentía crecer su admiración por el que era capaz de realizar tal hazaña.

La sangre cegaba a Hank quien, no queriendo ser humillado ante sus hombres, se lanzó en «plongeon» contra Jim y, asiéndole por la cintura, le derribó.

Segundos antes varios hombres habían penetrado en la taberna sin ser vistos por los pistoleros a sueldo de Deering, que contemplaban la pelea de su jefe. Brenda, que les esperaba, se apartó del círculo dirigiéndose a la puerta. Apenas la hubo traspuesto oyó el tableteo de una ametralladora. Apretó el paso, con el pensamiento en...

Brewer, sabiéndose perdido si no reaccionaba con rapidez, arqueó el cuerpo y aferrando al gángster por el cuello giró a la

derecha. No llegó a ponerse sobre él. Los disparos sembraron la general alarma.

Hank Deering fue a incorporarse pero su contrincante se lo impidió cogiéndole por uno de los brazos.

—¡Quieto! Te acribillarán a balazos.

Uno de los agresores encañonó al «boss» con su metralleta. No tuvo tiempo de apretar el gatillo. Jim, sacando con una velocidad increíble un pequeño puñal que llevaba en una funda de cuero de la cintura, se lo arrojó clavándoselo en la garganta.

—¡Vamos, Hank! Protejámonos detrás de las mesas.

En unos segundos se parapetaron en el lugar indicado por Brewer. Deering, tendiéndole un revólver, le dijo:

—Tira a matar. Son los de Cochano. Es un traidor.

Jim abrió fuego con mortífero acierto. De tres disparos cayeron tres enemigos. Los guardaespaldas de Hank agotaban los cargadores de sus armas para repeler el inesperado ataque. En el exterior escuchábanse más detonaciones.

Los gangsters retrocedieron precipitadamente al oír un silbato. Brewer se incorporó para seguirles. Deering le contuvo:

—Huirán en automóviles. Te debo la vida, muchacho. ¿Quieres ser mi amigo? El aludido asintió con la palabra y el gesto.

—Sí. Aún tenemos pendiente una pelea.

—Olvidémonos de ella.

Restablecida la calma en el local y dispuestos los turnos de vigilancia, Hank hizo una seña a uno de sus hombres e invitó a Brewer:

—Pasemos a un reservado. ¿No te apetece una copa?

—Nunca es de despreciar.

Atravesaron un corredor penetrando en una amplia habitación en la que había varias sillas y una mesa. Al fondo un mueble bar del que el «boss» sacó una botella de *whisky* y vasos. No tardó en entrar un individuo, de aspecto enfermizo y sonrisa cruel. Era Joseph Popsky, el lugarteniente de Deering, un polaco huido de su país y al que todos temían por su crueldad.

—Han matado a dos muchachos y herido a tres. Esos «tipos» aprovecharon un momento oportuno. Nadie les vio entrar.

—¡Tú eres el culpable por permitir que se abandonaran las guardias! No mando matarte porque te necesito. Sin embargo, de la

mercancía que recibiremos esta noche no te daré tu parte.

Joseph Popsky palideció. Fue a replicar pero unos fuertes golpes en la puerta se lo impidieron.

—¿Abro?

—Sí.

Un chino entró en el reservado, oprimiéndose el hombro izquierdo con ambas manos. Se dejó caer en la silla. Hank fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué ha sucedido, Ming?

—Nos atacaron a la entrada de tu establecimiento. Asesinaron a los que me acompañaban. Yo pude salvarme fingiéndome muerto.

—¿Y las drogas?

—Se las llevaron.

Deering crispó los labios en un esfuerzo por dominar la ira. Apremió:

—¿Quiénes eran?

—No me dieron tiempo a reconocerles. Conforme nos aproximábamos oímos disparos. Supusimos que se trataba de alguna pelea callejera. Al comprobar que se luchaba en tu establecimiento intentamos retroceder. No llegarnos a hacerlo. Una ráfaga mató a mis auxiliares, hiriéndome. Me inmovilicé. Sentí que me quitaban los paquetes que llevaba ocultos en los bolsillos interiores. Después, tras varias descargas, se hizo el silencio. Tardé en incorporarme. Unos automóviles se aproximaron. Escuché comentarios gozosos. Se alejaron los motores y me puse en pie. Mi primer pensamiento fue si habrían registrado también a los que portaban el resto de las drogas. Así era. Ya en el local te busqué inútilmente. El del mostrador me dijo que estabas aquí. ¡Cincuenta mil dólares perdidos!

¿Cómo pudieron enterarse?

—Cochano tiene una amplia red de espionaje. Dispuse que tres hombres permaneciesen en la puerta pero cuando inicié la pelea se metieron a contemplarla...

¡Demasiada coincidencia!

—Eso mismo pienso yo, jefe —dijo Joseph Popsky—. ¡Ese «tipo» es un traidor!

Señaló a Jim Brewer que, como si el diálogo no fuera con él, bebía el *whisky* a pequeños sorbos. Hank Deering se le acercó.

—¿No te enfurece la acusación?

El joven alzó la cabeza, sorprendido.

—¿Qué acusación? Pensaba en un buen puñado de hojas de «coca». Pronto podré comprarlas.

—¿Con qué dinero?

—Con el que me pague Peter Cochano.

Los tres hombres se miraron, sin dar crédito a lo que oían. El polaco hizo ademán de abalanzarse contra el que confesaba su culpabilidad. El «boss» se lo impidió.

—Déjemosle que se explique. ¿Te mandó luchar?

—Sí.

—¿Eres su amigo?

—Esta noche he hablado con él por vez primera. Me preguntó si quería ganar cincuenta dólares. Me habló de un fanfarrón, enemigo suyo, al que deseaba dejar en ridículo delante de sus camaradas. Yo he sido boxeador y, pese; a mi aspecto enclenque, puedo entendérmelas a puñetazos con cualquiera. Era la proposición más honrada que se me hacía en «Chinatown». Dar una paliza o recibirla. Acepté. Al atacarnos defendí mi vida y la tuya. Ni sé nada de «gangs» ni me importa. Dentro de un rato iré a cobrar a «El As de Trébol».

Hank Deering, que se jactaba de conocer a los hombres, comprendió que su interlocutor no le engañaba.

—¿Cómo te llamas?

—Jim Brewer.

El «boss» meditó unos minutos y volviéndose al chino herido, que vestía correctamente a la europea, le interrogó:

—¿Qué opinas, Wal Ming?

—Que no miente.

—¿Y tú, Popsky?

La respuesta del polaco no inquietó a Jim, que encendía un cigarrillo con pulso sereno.

—De un modo u otro conviene liquidarle.

—No lo haremos —decidió Hank—. Me ha salvado la vida. ¿Quieres trabajar a mis órdenes, Brewer?

—Ahora no. Cuando se me termine el dinero vendré a buscarte y haré lo que mandes.

¿Puedo marcharme ya?

—Sí.

Deering estrechó la mano de Jim, que se dirigió a la puerta. Antes de abrirla se volvió y sacando del bolsillo trasero del pantalón el revólver que el gángster le entregara lo dejó sobre la mesa.

—Toma. No me gustan las armas de fuego. Prefiero los puñales. Son más silenciosos.

—Te regalo el mío. El que llevabas quedó en la garganta del que quiso ametrallarme.

—Gracias.

Hank entregó a Jim un cuchillo de empuñadura de madera tallada. Brewer, sin más comentarios, salió cruzándose con uno de los hombres de Deering.

—Acaba de entrar una patrulla de la Metropolitana.

—He de irme.

—Sigue este pasillo y encontrarás una ventana que comunica con un patio.

—¿Por qué me ayudas?

—Admiro a los que tienen el valor de enfrentarse al «boss». Me llamo Robert Hurley. Siguió su camino para comunicar a su jefe la llegada de las autoridades.

Jim, siguiendo las instrucciones recibidas, no tardó en hallarse en la Avenida de la India, y, a buen paso, se dirigió a «El As de Trébol».

Brenda Lytton, que ocupaba una de las mesas, se le acercó.

—Hola, Jim. He de darte mi enhorabuena. Peleas bien.

—No tiene mérito. ¿Y Cochano?

—En su reservado. Los muchachos le han dicho que les hiciste frente. ¿Es cierto?

—Me defendí. No iba a dejarme asesinar. ¡He ganado un dinero y pienso cobrarlo! Te agradezco el interés.

—¿Te importa que te acompañe? Le recordaré su promesa. Puede habersele olvidado.

—Haz lo que quieras.

Sin hacer caso de la mujer, que caminaba tras él, cruzó la sala penetrando en la habitación ocupada por Peter, al que acompañaba Alcide Pella, su hombre de confianza, que se puso en pie. Brewer tomó asiento sin que nadie le invitara. Cochano, frunciendo el entrecejo, le advirtió:

—Acostúmbrate a pedir permiso. Puedo considerarte un enemigo y... La frase incompleta era elocuente. Jim pareció no haberla oído.

—Vengo por lo mío.

—¿Y aún te atreves a pedirlo?

—¿Por qué no? Se me contrató para que apaleara a un individuo. Lo hice a conciencia.

Brenda es testigo de que gané mis cincuenta dólares. ¿No es así?

La mujer asintió, sin perder de vista al italiano Alcide Pella, que tenía su diestra muy cerca de la funda sobaquera.

—¿Cómo escapaste con vida?

—Defendí el local contra los que disparaban. ¿Eran tus hombres?

—Sí.

—Lo ignoraba. No me comunicaste tus planes. ¿Me das los cincuenta dólares?

Peter Cochano cruzó una mirada con su hombre de confianza que no llegó a empuñar su automática pues Brenda se lo impidió encañonándole con una «Browning» que había sacado del bolso de mano, con cuyo broche simulaba jugar.

—Mejor será que te estés quieto, Alcide. Atravieso una moneda a cincuenta metros.

Vuélvete de espaldas —como el amenazado vacilara apremió—. ¡Hazlo!

El socio de Peter obedeció, dejándose desarmar. La mujer apoderóse de una pistola en cuyo cañón había adosado un silenciador, y, dándosela a Brewer, bromeó:

—Tomaron todas las precauciones. Habrías amanecido muerto en cualquier calleja. No te creo tan miserable como para matar a un hombre por cincuenta, dólares. ¿Cuál era la causa, Peter?

—Ninguna —mintió el gángster con cinismo—. Me sorprende tu actitud. Ella sonrió sarcásticamente.

—Quizá te haya juzgado mal. Por si te interesa y mis palabras salvaguardan la vida de Jim, reconocieron a tus hombres. Fueron tan estúpidos como para atacar sin pañuelos en el rostro. Danos lo que hemos ganado.

Brewer guardó el arma de Pella en una de los bolsillos de la americana. Brenda no dejaba de apuntar a los gangsters. Peter sacó

varios billetes, entregándoselos.

—No pensé traicionaros.

—Lo celebro. Sin embargo, es conveniente tomar precauciones, aun cuando no haya peligro. Es tu frase favorita. Como verás sigo tus enseñanzas.

El «boss» repuso con seriedad.

—No te lo reprocho. Me disgustaría que no volviesses por «El As de Trébol».

—Lo haré mañana. ¿Vienes, Jim?

El aludido, cuyos ojos comenzaban a entornarse, asintió. Cochano dijo:

—Es una lástima que le entregues ese dinero. Al disiparse los efectos de la cocaína caerá en un sueño embrutecedor y le despojará cualquier ratero, si es que no le liquidan los hombres de Deering o...

—Los tuyos —terminó Brenda—. Procuraré que no suceda. Vamos, Brewer. Sin dar la espalda a los gangsters salieron.

El sórdido barrio chino de San Francisco, la mayor concentración oriental en el mundo si se exceptúa la de los países asiáticos, se hallaba en pleno apogeo.

Las calles rebosaban de establecimientos de bebidas y *cabarets* de baja estofa cuyos negocios principales eran el tráfico de drogas, los prostíbulos y el juego.

La vida carecía de otro valor que no fuese el del dinero o la violencia: los dólares para gozarla, la fuerza para defenderla.

En su fuga, Jim y Brenda, al abandonar la Avenida de la India, pasaron ante uno de los teatros chinos que atraían la curiosidad de turistas, ávidos de exotismo, que no dudaban en arriesgarse a ser desvalijados en cualquier esquina.

«Chinatown», famoso en el mundo entero, justificaba su fama y no era infrecuente el hallazgo de un cadáver sobre un montón de basuras, en cualquier solar.

Las pasiones se daban cita en aquellos lugares donde no existía otra ley que la del hampa.

Rostros enjutos y pálidos, de ojos vidriados, penetraban noche tras noche en los fumaderos de opio en busca de artificiales paraísos. Eran minas físicas, seres capaces del asesinato por una ampolla de morfina... Nada les sacaba de su obsesión, ni el alcohol

ni las mujeres. Para ellos no existía más que una sola palabra: ¡drogas!

Habituales delincuentes, para costearse el caro vicio, recurrían a cualquier procedimiento.

«Chinatown» era un verdadero infierno.

Brewer y la mujer, sin asombrarse por lo que veían, hubieron de andar media hora hasta alejarse del barrio chino y encontrar un taxi.

—A Fourt Street.

—¿Está enfermo su amigo?

—Indispuesto. Dése prisa.

Brenda Lytton había trazado un plan de conducta.

Jim luchaba inútilmente contra el sueño que cerraba sus párpados. Al fin, se declaró vencido.

La mujer habitaba en una casa de tres plantas, en el piso primero, muy cerca de las vías férreas. Una vez que el vehículo se hubo detenido rogó al chofer:

—¿Quiere ayudarme? Le daré una propina.

—No es preciso, señora.

Era un hombre corpulento y se cargó a Brewer a la espalda conduciéndole, a través de una estrecha escalera, a un cuarto modesto.

—Déjele sobre el diván. Tenga.

Le dio cinco dólares y él taxista se retiró. La muchacha, corriendo el cerrojo de la puerta, regresó al saloncito. Durante varios minutos contempló a Jim. Luego, con tristeza, se retiró a su alcoba, desnudándose. No tenía apetito.

Venciendo la pereza, se sentó frente a la coqueta aplicándose en el rostro una crema.

La transformación fue sorprendente y Cochano se habría maravillado al observarla. Las arrugadas mejillas recobraron juvenil tersura. Desaparecidas las ojeras, el semblante era bello, ingenuo.

Secóse con una toalla y apagó la luz del portátil entregándose al descanso...

## CAPÍTULO II

Apenas quedaron solos, Cochano dijo a Pella:

—Me alegro de no haber matado a Brewer. Puede sernos útil. Ella es valerosa. Hemos de investigar su vida. ¿Cuáles son sus negocios?

—Quizá se limite a dispensar sus favores a un amigo generoso.

—No es de esas. Olvidémosla por el momento. ¿Montan la guardia los muchachos?

—Sí. Nada sucederá esta noche. Deering es astuto y atacará como la serpiente. ¿Dónde vas?

—A casa. Si hay novedad llámame por teléfono.

Abrió el armario y, penetrando en él, cerró a su espalda, desapareciendo. Ayudándose con una linterna anduvo por un pasadizo hasta desembocar en un garaje. Un hombre, que portaba en su mano derecha una metralleta, le saludó respetuoso:

—Buenas noches, jefe. Sin novedad.

—Abrid bien los ojos.

Sin más comentarios montó en un «Packard» último modelo, poniéndole en marcha. Una hora más tarde frenaba ante un «chalet» de la Plaza de la Unión, adornado con pequeños jardines. Mientras tocaba el «claxon» para que su criado la abriera, un grito le hizo mirar por la ventanilla.

Una mujer era golpeada por un individuo que intentaba arrebatarle el bolso.

Sin pensar en una posible trampa, dejándose llevar por algo superior, hasta entonces nunca experimentado, Cochano corrió en auxilio de la desconocida llegando a tiempo de verla caer.

El atracador, no deseando enfrentarse con el hombre que se aproximaba, huyó sin el botín por el que se había arriesgado. Peter,

sin perseguirle, tomó a la joven en sus brazos dirigiéndose a su residencia. Su mayordomo le miró con asombro.

—Ocupate del coche.

—¿Le ayudo, señor?

—No es necesario. Ve a lo que te he dicho.

Atravesó un *hall* magníficamente decorado y, por un pasillo, llegó a la biblioteca depositando a la muchacha en uno de los sillones. Entonces la miró por vez primera. Era alta, esbelta. Tenía una moradura en una mejilla.

El gángster se retiró unos pasos para prepararle una bebida que la tonificara. Al regresar junto a ella la vio observando los detalles de la habitación.

—¿Quién es usted? ¿Dónde me ha traído? Abrió su bolso lanzando un suspiro de alivio.

—Tranquilícese, señorita. Está a salvo y podrá marcharse cuando lo desee. Me llamo Peter Cochano.

—Gracias. Dios le pagará lo que ha hecho por mí.

Rompió a llorar con desconsuelo. El hombre brutal, para quien la vida de sus semejantes carecía de valor, notó que le temblaban los dedos al encender un cigarrillo. Aspiró, ávido, el humo y, cogiendo el vaso con cognac que depositara en la mesita de centro, dijo:

—Beba. Le confortará.

La muchacha accedió, rompiendo a toser.

—Perdone. No estoy habituada.

—Eso le honra. ¿Puedo seguir ayudándola? La joven dudó unos segundos.

—No... Bastante le he molestado ya. Ha sido muy amable conmigo. Se puso en pie. Cochano le rogó:

—Permanezca aquí hasta serenarse. Si la molesto la dejaré sola.

—No quise ofenderle.

Se sentó de nuevo. El la ofreció su pitillera.

—¿Fuma?

—No.

—¿Se lo prohíben en casa?

Ella no respondió. Por sus mejillas resbalaron varias lágrimas. En el endurecido corazón del gángster aumentaba la piedad. ¿Qué le ocurría ante la joven?

Hubo una larga pausa. Peter aplastó la punta del cigarrillo en un cenicero de plata, insistiendo:

—¿No tiene familia?

—No Mamá murió hace una semana. No podía vivir en la casa que habitamos juntas y vendí los pocos muebles que tenía para trasladarme a una pensión hasta que encontrara un empleo.

—Comprendo, pequeña.

—Me llamo Eva Ram. ¿Qué le ocurre, señor? Cochano había palidecido. El pasado se agolpaba en su mente con increíble violencia. Se rehízo:

—Nada. Un leve mareo. No me encuentro bien de salud.

—¿Llamo a sus criados?

—No es necesario. Su apellido es alemán.

—Sí. Mamá nació en Sajonia y allí conoció a su esposo, un primo hermano. Mi primero y segundo apellidos son iguales. Era muy bella pese a qué la enfermedad que padecía desde su juventud minaba su organismo. Tengo una fotografía de ella. ¿Quiere verla?

—Comprobaré si era tan bonita como tú. Permíteme que te tutee. Por la diferencia de edades puedes ser mi hija.

Temblaba su voz. La joven tendió una cartulina que Peter no se atrevió a mirar.

—Es un retrato hecho días después de nacer yo.

—¿Vive tu padre?

—Murió en un accidente de aviación. No llegué a conocerle.

Cochano examinó la foto de una mujer de espléndida belleza, aunque algo pálida. ¡Eva! Por unos minutos le pareció que el tiempo retrocedía. Viose en Nueva York... Se rehízo.

—Comprendo que la eches de menos. ¿Se llamaba como tú?

—Sí.

—¿Te disgustaría tomar unos «sándwiches»? Aún no he cenado. Te llevaré en el coche a un hotel. ¿Cómo saliste tan tarde de casa?

—Ignoraba la hora. Comencé a llorar y perdí la noción del tiempo. Es usted muy bueno, señor.

—No tiene importancia.

Pulsó un timbre no tardando en aparecer el mayordomo.

—Sírvenos una cena fría. —Una vez que el sirviente hubo salido se volvió cariñoso a la muchacha—. Conozco a mucha gente. Quizá pueda acoplarte en mi propia secretaría.

—¿A qué se dedica, señor Cochano?

—A negocios diversos.

—Aprendí a escribir a máquina y...

—¡Estupendo! —La interrumpió el gángster con fingido entusiasmo—. He de copiar fragmentos de varios libros. Mañana comenzarás tu tarea.

—Pero... —Intentó oponer la muchacha.

—Es cosa decidida. Mientras nos traen lo que he pedido dime qué sabes de tu padre.

—Mamá me hablaba mucho de él, a instancias mías, asegurándome que fue un hombre digno.

Visiblemente turbado, Peter volvió la espalda a la joven que no reparó en el extraño gesto pues él mayordomo entraba portando una bandeja.

De nuevo solos, la muchacha no se atrevió a romper el silencio de Cochano que, absorto, miraba al jardín a través del ventanal. Tosió tímidamente.

—Perdona. Me has recordado una época triste.

Cenaron sin apetito. Peter interrogó a Eva Ram acerca de su madre. La joven, emocionada, inició un relato que conmovió a Cochano.

—Nuestra vida fue dura. Hasta que no cumplí los diez años no me di cuenta de los esfuerzos de mamá por no sucumbir a la miseria. Cantaba bien y actuó en diversas salas de fiesta pero su voz era cada día más débil por lo que se vio precisada a actuar en tabernas de Nueva York, entre gentes rudas que, a veces, la increpaban, golpeándola. Me lo contó al morir. Nos trasladamos a San Francisco. Su quebrantada salud no resistió el viaje. Llegó enferma y...

No pudo terminar. Los ojos de Eva se cubrieron de lágrimas. El la animó:

—Hay que ser valiente. Eres muy joven y conquistarás el mundo. Te lo prometo. Ella le miró con sorpresa y desconfianza. Peter rectificó:

—«Frisco» es pródigo en oportunidades para los que quieren, luchar. Trabajarás aquí, en la biblioteca. ¿Terminaste?

—Sí.

—Te acompañaré a un hotel. ¿Tienes preferencia por alguno?

—Me da lo mismo siempre que sea barato.

—Lo procuraremos aunque no debes de apurarte. Ya tienes un empleo. Del sueldo hablaremos una vez que vea cómo te desenvuelves.

Salió al jardín y, de nuevo en el «Packard», invitó a subir a la muchacha, que se acomodó en la parte posterior del vehículo.

—Le estoy ocasionando muchas molestias, señor.

—Necesitaba una empleada. Confío en tu honradez.

—Gracias. Es usted muy bondadoso.

Los dedos de Peter se crisparon en el volante.

Atravesaron varias calles hasta llegar a la Avenida Jefferson.

—Espera aquí. Voy a enterarme de los precios.

Bajó del automóvil penetrando en el *hall* de un hotel. Un empleado dormitaba en el mostrador. Habló con él y, entregándole unos billetes, estrechó su mano.

—¿De acuerdo?

—Sí. Únicamente le cobraremos el veinticinco por ciento del hospedaje. Advertiré a mis compañeros.

—Si cumplen bien les gratificaré. ¡Ah! Una advertencia para borrar esa sonrisa maliciosa que se esfuerza en reprimir. Eva Ram es decente. Para no herirla en su orgullo concierto esta farsa.

Tan amenazador era el gesto de Cochano que su interlocutor palideció.

—Nunca lo dudé, señor.

—Lo celebro. Nada de obsequios.

Aumentó el nerviosismo del empleado. Peter llegó Junto a la muchacha.

—Hay habitaciones. El dueño es amigo mío y te hará un precio especial. ¿Y tus maletas?

—La dejé en la portería de casa.

—Mandaré a mi criado a recogerlas para que te las traiga. Escríbeme las señas. No puedo entretenerme más. Hasta mañana, a las nueve.

—¡Que Dios le pague lo que hace por mí!

La muchacha trazó unas rápidas líneas en una hoja de «block» y, entregándosela a Peter, penetró en el hotel. Cochano, poniendo en marcha el «Packard», se dirigió a su domicilio. En su cerebro agigantábase el pasado ¡Eva! Mentalmente retrocedió diecinueve

años. Fue su primera canallada, su iniciación en el delito. Ella era una joven sin experiencia que ambicionaba triunfar como cantante. No le costó seducirla. Por entonces se dedicaba a representar una importante firma de automóviles.

Prometió casarse, sin pensamiento de cumplirlo. Eva le dijo una noche que iba a ser madre. No deseando responsabilidades, huyó a San Francisco en uno de los coches de la firma en que trabajaba...

Después... Acosado por la policía mató a uno de los agentes y, refugiándose en «Chinatown», preparó una habilidosa coartada que le libró de la silla eléctrica. Le condenaron, por robo, a dos años de cárcel. En el penal conoció a Alcide Pella y ambos proyectaron organizarse apenas se vieran en libertad.

¿Por qué el destino le había permitido conocer a su propia hija?

A lo largo de su actuación de delincuente muchas veces recordó a Eva con remordimiento y tristeza. Fue la primera mujer a la que quiso, quizá la única.

Ya enriquecido la buscó en vano en Nueva York. Ahora, al conocer su muerte, una extraña congoja se quebraba en su garganta.

¡Él la mató con su abandono! Era la única de sus víctimas que le hacía sentirse infame.

La idea de confesar la verdad a la joven le estremeció. No. Mejor es que conservase de él un buen recuerdo a que le odiara. Se llamaba igual que su madre: Eva Ram. La historia del parentesco, sin duda, fue inventada para dar verosimilitud al apellido materno.

Detuvo el coche ante la verja de su chalet. El sirviente inquirió:

—¿Encierro el automóvil, señor?

—No. Ve por el equipaje de la señorita Ram. Toma las señas. A partir de mañana es mi secretaria particular y gozará de toda clase de consideraciones. Vendrá a las nueve.

—Bien. ¿Me permite una sugerencia? —Cochano asintió con el gesto—. ¿No será peligroso meter una mujer en casa? Son demasiado curiosas y...

—Tú te ocuparás de que nada averigüe. Eres mi hombre de confianza. Ordenaré a Alcide Pella y a los muchachos que no se presenten por aquí. ¿Qué tal tu salud?

—A no ser por usted ya me hubiese muerto en cualquier tugurio.

—Me eres muy útil. Cumple mi encargo.

Peter subió las escaleras que separaban el vestíbulo del piso superior y una vez en él abrió la puerta de una habitación en la que había dos hombres. Uno dormitaba en un sillón. El otro, sentado, miraba al exterior a través de una ventana. Al verle se incorporaron.

—Sin novedad, jefe.

—Bien. Quiero haceros una advertencia para que la transmitáis a quienes os releven.

Utilizaréis la puerta de servicio. Nadie debe andar por la casa. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

—Fundároslos a mi salud.

Sacó dos habanos del bolsillo superior de la americana. Uno de los gangsters los cogió, examinándolos.

—Buena marca.

Cochano, sin responder, dirigiéndose a su despacho, trasladó su máquina portátil a la biblioteca, así como un fajo de cuartillas. Luego, tras encender un cigarrillo, examinó varios libros eligiendo uno.

Con él en la mano y una sonrisa amarga meditó en la triste realidad. Necesitaba ayudar a su hija de forma que ella no lo supiera. Escribió con su estilográfica unas líneas:

«Cópieme lo comprendido entre las páginas cincuenta y siete y ciento dos. Antes de que lo termine procuraré verla».

Apuró el cigarrillo y sirvióse un doble de *whisky*. No le preocupaba Hank Deering. El «boss» enemigo no se atrevería a asaltar su domicilio. Le guerra se concentraba en «Chinatown». No obstante, a imitación de Al Capone, los vigilantes, con sólo alzar una palanca electrificarían la verja y los accesos. Pese a que dos ametralladoras diestramente manejadas eran capaces de contener a cincuenta hombres, en la terraza un autogiro garantizaba la fuga.

Sus temores, no infundados, eran los de que Eva averiguase su auténtica vida y renunciara al empleo. Entonces quizá tuviera que confesarle la verdad.

San Francisco estaba lleno de tentaciones para una mujer joven, bonita y sin experiencia. En la ciudad abundaban los seres sin escrúpulos. El era uno de ellos...

## CAPÍTULO III

No fue grato el despertar de Jim Brewer. Le dolía la cabeza. Miró en torno suyo.

¿Dónde se hallaba?

Se quitó la manta que le cubría las piernas y el vientre poniéndose en pie. Un reloj, sobre una repisa, marcaba las doce. ¿De la mañana o de la noche? La claridad que penetraba por el ventanal disipó la incógnita. Era un espléndido día de otoño.

—¿Descansó bien?

Se volvió con sobresalto no reconociendo a la que entraba, portadora de un vaso de leche. Era una joven de espléndida belleza.

—¿Quién es usted?

—Brenda Lytton.

—No. Quiere burlarse de mí. Usted tiene diez años menos. ¿Es su hermana?

—Soy la propia Brenda. Se lo aseguro. Tome. Es leche fría.

—¿Cómo adivinó que lo necesitaba?

—Después del sueño producido por cualquier estupefaciente se tiene mal sabor de boca.

Brewer bebió ávidamente devolviendo el vaso a la joven.

—Gracias. Se porta conmigo mejor de lo que merezco.

—Es posible que así sea pero no quise dejarle en «Chinatown» expuesto a recibir una puñalada. Me he constituido en tesorera suya. Recuerde que me guardé su dinero. ¿Se encuentra mejor?

—Sí. No comprendo...

—¿Por qué me caracterizo? Muy sencillo. En mis negocios procuro prescindir de lo que no sea beneficioso. Si mis proveedores me conocieran tal cual soy tendrían complicaciones sentimentales. Espero que no descubra mi secreto.

—Se lo prometo. Anoche nos hablábamos con más confianza. Si hemos de ser amigos prescindamos de etiquetas. ¿Te parece?

—Siempre que veas en mí a la Brenda Lytton que conociste, accedo. ¿De qué te sonríes?

—Carezco de humor para pensar en otra cosa que no sea la... ¿Tienes un cigarrillo?

—Los encontrarás en la caja de tabaco de tu izquierda. Eres fuerte y no muy viejo. ¿Por qué arruinas tu vida?

—Puedo hacerte la misma pregunta. Maté a un hombre en Méjico.

—No es razón suficiente. Yo necesito ganar dinero. Muy lejos de aquí, en Francia, tengo a una hermana en uno de los mejores sanatorios psiquiátricos. Hay esperanzas de que cure. Estábamos empleadas en unos almacenes. Al enfermar ella tuve que esforzarme porque nada le faltara. Los sueldos eran bajos y, voluntariamente envejecida, me atreví a penetrar en «Chinatown». Me ofrecieron empleos de camarera. Había algo mejor, más productivo: las drogas. Comencé de intermediaria entre el dueño de un fumadero y clientes que no querían arriesgarse a ir al establecimiento. Ahorré unos cientos de dólares con los que compré la primera partida, Los beneficios fueron mayores.

—También la responsabilidad —la interrumpió—. Jim.

—No importaba. Pude mandar a Francia a mi hermana, que mejora ostensiblemente. Cuando regrese nos marcharemos de la ciudad para buscar trabajo en cualquier punto de la Unión. No sé por qué te cuento esto. A Peter Cochano le intrigan mis actividades. No me cree capaz de traficar.

—De no habérmelo dicho, yo tampoco.

Tras las palabras de Brewer hubo un largo silencio. Los dos jóvenes se miraron con simpatía.

—¿Tu historia, Jim?

—Te la contaré en otra ocasión. Es más desagradable. Aunque el fin no justifica los medios, tú persigues un noble empeño. Yo, en cambio... Te dejo. Bastante te he molestado.

—Espera. ¿Vas a salir con esa ropa tan arrugada? Te la plancharé. Come conmigo. Me agradaría poder ayudarte.

—Es difícil. Estimo tu buen deseo. —Se miró la americana, la camisa y el pantalón que le entregara Cochano—. La pelea con

Deering y el dormir sin desnudarme me han deteriorado el traje.

—Lo repasaré en unos momentos.

Salió para regresar con un albornoz. Jim no pudo evitar un comentario jocoso.

—Va a parecer una falda. Necesitaría dos.

—Confórmate con éste. Saca la ropa al pasillo.

Alejóse con gracioso andar. Brewer hizo lo que la muchacha le indicara. Media hora más tarde el traje parecía otro.

—Pasa, Brenda. No es frecuente hallar una mujer como tú en Norteamérica.

—Eres muy amable. Siguiendo el pasillo, la segunda puerta a la derecha conduce al cuarto de baño. Voy a preparar la comida.

—Agradeceré una ducha.

Una hora más tarde conversaban ante un plato de estofado.

—Buen sabor —reconoció él.

—No es mío el mérito, sino de la casa de conservas. Me he limitado a calentarlo.

¿Piensas volver por «Chinatown»?

—Sí; allí encontraré a mi proveedor de hojas de «coca». Sin masticarlas, no soy nada.

—¿No serías capaz ahora de vapulear a Hank Deering?

—No.

Los ojos de Brenda relampaguearon.

—Entonces... ¡Sólo eres valiente con drogas! Me equivoqué al juzgarte. Te creí más hombre.

Jim esbozó una mueca airada.

—¡No tienes derecho a insultarme!

Terminaron en silencio los manjares. Brewer se incorporó.

—Me marchó. Haré lo posible por verte esta noche. ¿Me das...?

—ella contó diez billetes de cinco dólares, que llevaba en uno de los bolsillos de su bata de casa.

—No... Cóbrate lo que consideres justo.

—¿Tu vida?

—¿Estás segura de que me hubiesen matado?

—Sí. Hay cosas que no pueden pagarse con dinero. La sonrisa de Jim fue cínica.

—Muy altruista. Veo que te preocupa el dolor de los demás. ¿Conoces las últimas estadísticas?

Se miraron, en pie, retadores.

—¿De qué?

—Miles de jóvenes enloquecen o se entregan al delito por el uso de narcóticos. Somos muchos los que ya no tenemos humana solución, mas hay otros que si se cortara el tráfico de drogas recuperarían la salud. No es infrecuente el robo y el asesinato por una ampolla de morfina o unos gramos de opio. Yo mismo si no encontrara «coca», quizá me curase. En «Chinatown» hay vendedores en todas las esquinas. La tentación es demasiado fuerte.

—Para un espíritu débil, sí; no para un...

Calló. La frase inacabada era de extraordinaria elocuencia.

—¿Me supones cobarde?

—Para mí es todo el que no sabe alzarse de sus propias ruinas. ¿Te parecen duras mis palabras? No ignoro mi responsabilidad. Te expliqué los motivos.

—Que no te justifican. ¿No te repugna estrechar mi mano? Tendió su diestra. Brenda Lytton inquirió a su vez:

—¿Y a ti?

Brewer lanzó una carcajada.

—Prescindamos de rencorcillos y seamos amigos.

La mano delicada de la mujer se confundió con la del hombre.

—Adiós.

—Hasta pronto, Jim.

Salió Brewer, y Brenda, una vez sola, penetró en su dormitorio, comenzando a maquillarse...

\* \* \*

Tan abstraída estaba Eva Ram en su trabajo que no sintió la llegada de Peter Cochano, que se situó detrás de ella. La muchacha era una hábil mecanógrafa.

—Hola, pequeña.

No sin sobresalto, la joven se volvió.

—Buenos días. ¿Ha descansado bien?

—Sí; ¿y tú? ¿Qué tal es el nuevo alojamiento?

—Muy confortable y económico. Le debo mucho, señor Cochano.

—¡Bah! ¿Alguna duda?

—No. ¿Le apasiona la política?

Desconcertado por la inesperada pregunta, Peter dudó.

—No... —rectificó—. No tengo más remedio que estudiarla para pronunciar en breve una conferencia. ¿Son interesantes los capítulos que transcribes?

—Sí. La obra del general Bradley, «A Soldier's

Story», es universalmente conocida.

—Dispón de la tarde a tu antojo. Si quieres venir a leer a la biblioteca, hazlo como si fuera tu casa. Vivo muy solo. Viéndote me imaginaré que eres mi hija o mi hermana.

Abandonó la estancia sin escuchar la despedida de Eva Ram, que prosiguió su tarea.

El boss, en su «Packard», se trasladó a «Chinatown», penetrando en el garaje que, por el pasadizo secreto, comunicaba con el reservado de «El As de Trébol», desde el que, pulsando un botón, avisó a Alcide Pella, que no tardó en presentarse.

—Hola, Peter. ¿Cómo tan temprano?

—Necesito darte órdenes.

—¿Más drogas?

—No; siéntate. Es de mayor peligro e importancia.

El italiano, serio el rostro, se acomodó frente a su compañero y jefe, que comenzó a hablar muy despacio, sopesando cada una de sus palabras.

—Tendrás cinco mil dólares de recompensa si hay éxito. Si, por el contrario, fracasamos, percibirás quinientos. ¿Accedes? Dispones de toda la tarde y parte de la noche para localizar a ese hombre. A la menor duda, debes asesinarle.

—De acuerdo. ¿Crees que le encontraré en su domicilio?

—Es muy posible. ¿Te vas ya?

—No quiero perder minuto. ¿Por qué no te confiaste antes a mí?

—No me atrevía. Por la amistad que me profesas, por tus intereses y «por tu salud», espero que serás prudente.

—No temas. ¿Dónde podré consultarte?

—Aquí. No me moveré hasta no recibir tus noticias...

## CAPÍTULO IV

El barco tipo «Victory», de la reserva de la Flota de Guerra de los Estados Unidos, se abrió en dos entre una llamarada, a la que siguió una horrisona explosión. Las aguas de la bahía se agitaron, chocando contra la barrera de cemento. Un navío, «Liberty», con carga de víveres para Europa, se alzó a impulsos del fuerte oleaje.

En noche el espectáculo era impresionante. Las llamas se elevaban, rasgando las sombras con rojizos resplandores. El barco, desgajado, comenzaba a hundirse.

Una sirena elevó su canto agudo y otras muchas la imitaron, contribuyendo a sembrar la alarma. Los funcionarios del puerto se lanzaron a los botes, con la intención de socorrer a los tripulantes del transporte que, al amanecer, debería partir a Corea con un cargamento de municiones. Otros, por teléfono, solicitaron auxilios.

El Pacífico, calmado en parte, permitió botar varias lanchas. Alguien gritó:

—¡Mirad!

Un hombre braceaba enérgicamente, ansioso de llegar a tierra. Recogido por un grupo de marinos, exclamó:

—¡Gracias! ¿Dónde van?

—A salvar a sus compañeros.

—¡No lo hagan! No ha pasado el peligro.

Como si sus palabras hubiesen sido proféticas, dos estallidos atronaron el aire haciendo zozobrar la lancha. Los que la ocupaban, expertos nadadores, se pusieron a salvo, no sin esfuerzo.

El «Victory» se hundía ya definitivamente. Las llamas chisporroteaban al contacto con el agua.

En el muelle, los jefes de los servicios de incendios y los médicos y enfermeras de las ambulancias, vieron, impotentes, desaparecer

los últimos restos del buque siniestrado. Del «Liberty», afectado por la explosión, botaron numerosos botes, dirigiéndose al lugar del suceso. Pronto el lugar de la catástrofe se poblaba de pequeñas embarcaciones.

Todo había sucedido tan de improviso y con tal rapidez, que el estupor se pintaba en los rostros. Pocos tripulantes, espantosamente mutilados, pudieron ser recocidos. Los demás hundiéronse con el navío.

El inspector jefe de la Policía Federal se personó en el muelle. En la oficina de Aduanas se dispuso a iniciar el interrogatorio al superviviente de la catástrofe, que, en pie ante Herbert Wold, temblaba de excitación y de miedo.

—Siéntese y refiérame lo ocurrido, sin omitir detalle. ¿Cómo se llama?

—Jorge Ollen, nacido en San Francisco. Era segundo contramaestre. Terminada mi guardia, miraba la ciudad acodado en la proa del barco cuando me sentí lanzado al aire por una mano gigantesca. Me hundí en el agua medio conmocionado. El instinto de conservación me hizo bracear con energía. Vi al barco ardiendo, y, conocedor de lo que transportábamos, me esforcé en alejarme, siendo recogido por una lancha. Una segunda explosión me lanzó de nuevo al mar, pero pude alcanzar tierra.

Inclinó la cabeza abrumado, estremecido. El inspector, cambiando una significativa mirada con uno de sus agentes, le tranquilizó.

—Procure olvidarlo. ¿Reside en «Frisco»?

—Si.

—Váyase a su casa y visíteme mañana en mi despacho oficial. Tenga mi tarjeta.

—Gracias, señor.

Salió Jorge Ollen, seguido de uno de los ayudantes de Herbert Wold.

—¿Cómo no le detuvo, inspector? —inquirió un oficial de la United States Armed Forces—. Su historia es falsa. El buque era vigilado por fuerzas de mi Departamento y las precauciones tomadas anulan la posibilidad de un hecho fortuito. Hemos sido víctimas de un sabotaje.

—Tal es mi creencia —repuso, sin desconcertarse, el inspector.

—Entonces... No comprendo su actitud.

—Muy sencilla. Sólo un hombre tenía motivos para saber la hora exacta de la voladura. Se lanzó al agua y permaneció alejado del casco hasta que sobrevino la catástrofe. Cabe, incluso, la posibilidad de que subiera al «Liberty», permaneciendo escondido en el puente, para arrojar al mar pasado el peligro. Ésa es mi teoría.

Tendió a su interlocutor un paquete de tabaco. El marino tomó un cigarrillo, encendiéndole.

—¿Cuáles son sus planes?

—Ese individuo es incapaz de realizar un sabotaje de tal importancia por cuenta propia. Necesita cómplices y un estímulo: el dinero. Hoy, dentro de una semana o de un mes, intentará cobrar lo que le prometieron, o, si es un miembro del espionaje, comunicará con su jefe o sus inferiores. Mis agentes se turnarán en la vigilancia, anotando cada uno de sus pasos. ¿Es necesario que continúe?

La sonrisa de Herbert Wold era amplia, satisfecha. El oficial de las fuerzas Armadas de los Estados Unidos, se disculpó:

—Perdone.

—Comparto sus sentimientos. Han muerto muchos hombres. Ese navío, tipo «Victory», que acaban de volar forma parte del nuevo organismo de la Administración Marítima del Gobierno. Si hubiésemos apresado a Jorge Ollen habríamos obtenido un éxito parcial. Se trata de la seguridad futura de nuestras instalaciones militares. Ustedes —se volvió a tres de sus subordinados, que aguardaban órdenes— con las emisoras de bolsillo de onda corta, mantengan contacto con su compañero Avisen a la Patrulla número uno para que tenga preparados sus coches y dispuestos los relevos. Hay que evitar que Jorge Ollen...

Lejos de la bahía, el contraamaestre del buque siniestrado, en un taxi, llegó a las inmediaciones de «Chinatown», y abonando al chófer el importe del recorrido se internó por las estrechas y mal alumbradas callejas.

Era grande su turbación y gozo. Con los diez mil dólares prometidos se trasladaría a Chicago, lejos de los interrogatorios del inspector Wold.

Por la avenida de Persia llegó a Mission Street y no tardó en hallarse en la avenida de la India. Ruido de risas y música le hicieron mirar a su derecha, a un gran establecimiento de bebidas,

mezcla de taberna y *cabaret* de baja estofa. «No me vendría mal un trago después de tantas emociones», se dijo.

Decidiéndose, penetró en el local y, acodado en el mostrador, pidió un doble de *whisky*, que apuró de un sorbo, saliendo. Hombre que pasaba en el mar la mayor parte del año, no sabía que acababa de entrar en el establecimiento de bebidas de Hank Deering, lo que, en un futuro, iba a desorientar a los federales.

Apenas hubo caminado cien metros vio avanzar un automóvil a escasa velocidad. Un grito a su espalda le hizo volverse. Un individuo, desde un portal, le gritaba:

—¡Al suelo!... ¡Al suelo!

Vaciló unos segundos y ellos fueron su muerte. Tableteó una ametralladora y sus proyectiles claváronse en el pecho del contraamaestre.

Por lo general, en casos semejantes, un corro de curiosos cerca de la víctima, entorpeciendo la labor de las autoridades. En «Chinatown» era distinto. Todos se apresuraron a alejarse por lo que en unos segundos la avenida de la India quedó desierta. Sólo un hombre con una automática en la diestra, acercóse al cadáver, al que contempló con gesto desolado.

—Debimos suponerlo.

Enfundó el arma, y sacando una especie de pitillera, moderno emisor receptor de onda corta, transmitió un breve mensaje. Quince minutos más tarde un automóvil frenaba a pocos pasos del muerto, apeándose cuatro agentes, dos de ellos armados de metralletas.

Herbert Wold, sombrío el rostro, examinó a Jorge Ollen.

—¿No pudo evitarlo?

—Lo hubiese hecho aun a costa de mi propia vida.

El tono apenado y sincero del policía disipó la cólera del inspector.

—Lo sé,

O'Days.

¿Cómo ocurrió?

El aludido, en breves minutos, puso en antecedentes a su superior de lo que hizo el contraamaestre desde que abandonó la bahía. Al terminar, Wold comentó:

—Es significativo que penetrara en la taberna de Hank Deering. No conviene olvidar ese dato. Metan el cadáver en el coche.

—¿No esperamos al juez?

—¡Al diablo con los legalismos! —barbotó el inspector—. ¡Hagan lo que les mando! Llénenle a la Jefatura de la Metropolitana.

—¿Y usted? —preguntó O'Days.

—Haré una visita. ¿Quiere acompañarme?

—Iba a rogárselo.

Aguardaron a que el coche oficial se perdiera a lo lejos, y, decididos, entraron en el local de Hank Deering. La presencia de Herbert Wold produjo sensación. Algunos gangsters se apresuraron a ocultarse tras el tablado de la música, y los demás desaparecieron por la puerta que conducía a los reservados.

—Le tienen pánico, jefe —dijo O'Days.

—Casi todos se las han visto conmigo. Llevo quince años en «Frisco».

Un camarero, aparentando ignorar la personalidad de los visitantes, inquirió:

—¿Desean mesa los señores?

—No. Avise a Deering que quiero verle.

—¿Su nombre?

—Ya han entrado sus pistoleros a decírselo. ¡Vamos! ¡No acostumbro a perder el tiempo!

El sirviente, intimidado por el tono enérgico de Herbert, no se hizo repetir las indicaciones, regresando minutos después.

—Sígueme.

Wold y

O'Days

cruzaron la pista de baile y no tardaron en llegar a un pasillo en el que los esperaba Hank.

—Mucho gusto en saludarles —miró al camarero—: Trae una botella del mejor *whisky*. Pasen a mi oficina.

El inspector aparentó no haber visto la mano que el gángster le tendía, y ya en el reservado se encaró con Deering:

—Hablemos claro, Hank. Llevo meses sin ocuparme de usted, pese a que tengo la certeza de que continúa traficando con estupefacientes.

—Se equivoca. Me he retirado de peligrosos negocios, limitándome a vivir de los beneficios que me proporciona este *cabaret*.

—Infecto tugurio, diría yo mejor.

—Cuestión de apreciaciones. No vamos a discutir por eso. Siéntense.

Se acomodaron en torno a la mesa de despacho. La llegada del camarero con lo pedido por Deering impidió a Herbert iniciar el interrogatorio. Lo hizo apenas el sirviente se hubo marchado.

—¿Qué sabe de un hombre llamado Jorge Ollen? Hank sirvió el licor en los vasos.

—Nada. ¿Soda?

—No. Escuche: puedo detenerle aún sin orden judicial.

—Lo sé —repuso el gángster, sin inmutarse—. Hace años que se aprobó la Ley que faculta a los federales para detener, sin trámites, a los sospechosos.

—Exacto.

—Bien. ¿Y qué? No le supongo tan... poco sensato como para encarcelarme porque no conozca a un individuo.

Bebió el *whisky*, paladeándolo. Hubo un breve silencio. Gerald O'Days

se maravillaba del cinismo y serenidad del gángster. El inspector, trocando su tono autoritario por otro amistoso, comentó:

—Escuche, Deering. Para obligarle a abandonar San Francisco no necesito más que destacar a mis mejores hombres, con el encargo de que vigilen su organización... «comercial». Un registro del establecimiento no daría resultados favorables para usted. No, no me interrumpa. Mientras sus actividades se centren en «Chinatown» y no se exceda, continuaré como hasta ahora. A cambio de mi tolerancia necesito su ayuda.

—Se la prestaré gustoso. Le doy mi palabra de...

—No me convencen sino los hechos. ¿Qué hay de Jorge Ollen, contramaestre de un transporte tipo «Victory»?

—Lo que me diga. Nunca oí hablar de tal «tipo».

—Estuvo bebiendo en la barra de su taberna. Cinco minutos después le acribillaban a balazos. Piénselo bien. Si resulta lo contrario de lo que afirma, lo sentirá.

—Me molesta su obstinación, inspector.

—Le creo. Dentro de una hora le enviaré el retrato de ese individuo. Destaque a sus confidentes para que averigüen qué hizo antes de embarcarse. ¿Lo hará?

—Sí. ¿Era sólo eso?

—Nada más. Si lo consigue...

—¿Qué?

—Contará con mi estimación y corresponderé al favor que me hace en momento oportuno.

—Me esforzaré en complacerle. Si fracaso no será por mi culpa. ¿No prueban el *whisky*?

—Sí. —Herbert Wold apuró el licor, chasqueando la lengua—. Escocés. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Muchos inconvenientes en la Aduana?

El inspector lanzó una carcajada, poniéndose en pie.

O'Days

le imitó. El agente llevaba la mano derecha hundida en el bolsillo de la americana empuñando su revólver de reglamento, dispuesto a repeler cualquier agresión, que no se produjo. El propio Deering les acompañó a la puerta.

—Adiós, Hank.

—Hasta la vista. Espero ese retrato.

—No tardará en tenerlo.

En las afueras de «Chinatown» montaron en un vehículo de alquiler, trasladándose a Jefatura. Un agente le informó:

—El gobernador le espera con el juez en el despacho del comisario.

—Bien. ¿Llegó el forense?

—Si. Está realizando la autopsia.

—Antes de que se marche para emitir su informe, que hable conmigo.

O'Days,

ocúpese de la «foto» de Jorge Ollen. Obtenga varias reproducciones de su ficha del Departamento Marítimo.

—Así lo haré.

El inspector, tarareando una cancioncilla popular, entró sin llamar en un despacho ocupado por tres hombres. Uno de uniforme y dos de paisano. El de la Metropolitana, incorporándose, le saludó

con afecto.

—Hola, Herbert. ¿Qué tal van las cosas?

—Regular. El asunto se complica demasiado. Mucho gusto en verle, gobernador.

—No opinaré lo mismo al enterarse de lo que motiva mi presencia. ¡Ha vulnerado la ley! ¡Sólo el juez tiene autoridad para proceder al levantamiento de un cadáver! ¿Por qué no esperó?

—En la avenida de la India cuatro hombres son pocos para enfrentarse con un «gang» organizado. Temí que me arrebataran el cuerpo para que no pudiera examinar los proyectiles. Les supongo enterados del sabotaje. Jorge Ollen, el contraamaestre, fue el culpable material. Pretendo descubrir a los inductores.

—Lo lamento. He de comunicar con Washington para reprochar a sus jefes su actuación.

—Le evitaré el trabajo, gobernador.

Descolgó el auricular, pidiendo a la encargada de la centralita:

—Póngame con el Consejo Nacional de Seguridad. Gracias. Depositó el microteléfono en la horquilla. El juez le interrogó:

—¿Para qué llama al Servicio Secreto?

—Lo sabrá enseguida. Ahí llega el forense. ¿Qué hay, Crawford?

—Muerte instantánea. Cinco proyectiles en el pecho de Ollen, uno de ellos en el corazón. Utilizaron un fusil ametrallador belga. No tengo certeza del calibre. Si no me necesitan marchó a redactar el informe completo.

Austin Crawford, hombre de pocas palabras, abandonó el despacho coincidiendo con una llamada telefónica. Herbert contestó a ella.

—Espero... Washington... Aquí, el inspector Wold. Refirió los últimos acontecimientos sin omitir la queja de la máxima autoridad del Estado. Una vez que hubo terminado escuchó atentamente, y, al fin, dijo: —Sí... Le obedeceré... Póngase, gobernador.

Lo hizo el aludido, que no pudo pronunciar frase alguna. A través del hilo oíase una voz enérgica. Al colgar comentó, despedido:

—Creí cumplir con mi deber.

—No se enoje conmigo. Su estimación me honró siempre. El gobernador, dominándose, tendió a Wold la mano:

—Sigo dispensándosela. Los dos servimos a la patria. Señor Juez:

el secretario ejecutivo del Central Intelligence Agency, en nombre del presidente, me ordena dar las máximas facilidades a los federales y a los miembros del Servicio Secreto. Al parecer, el asunto es grave.

—Lo celebro. Denuncié el hecho, contrariando la simpatía que experimento por Herbert. Me obligó mi cargo. El comisario de la Metropolitana intervino:

—Es consoladora la actitud de los tres. Me sumo a ella. ¿Qué proyectos son los suyos, Wold?

—Por ahora investigaré la vida privada del contramaestre. Él es, vivo o muerto, el único punto de unión con nuestros enemigos...

## CAPÍTULO V

Una nueva noticia, que no pudo ocultarse a la Prensa, provocó una ola de encontrados comentarios. Dos cazas a reacción norteamericanos, según comunicado del Cuartel General de las Fuerzas Aéreas en Europa, no habían regresado a su base de Biebelstadt, suponiéndose que los pilotos, por razones pecuniarias o ideológicas, habían aterrizado tras el «telón de acero» soviético. Los comentaristas políticos y militares unieron el sabotaje de la bahía a tal traición, exigiendo que se depurase rigurosamente a todos aquéllos que prestaban servicios en puestos de responsabilidad.

Peter Cochano, con sonrisa satisfecha, dobló el periódico, diciendo a Alcide Pella:

—Tenemos que ser prudentes. Mis camaradas europeos no se descuidan. Fue buena tu idea de eliminar a Jorge Ollen. Así no podrá denunciarnos. ¿Tienes certeza de que le seguían los federales?

—Absoluta. Un tipo le avisó antes de que disparáramos. Por fortuna me adelanté.

—¿Le liquidaste tú?

—Sí. No confiaba en nadie para misión tan delicada. De haber fallado, tal vez, por venganza, habría ido a visitar al inspector Wold. Les desorientó el hecho de que entrara a tomar una copa en la taberna de Deering. ¿Qué hacer?

—Pagarte. Lo pactado era cinco mil. Aquí los tienes.

Entregó un fajo de billetes a su cómplice, hombre sin más afán que el enriquecerse. Su encanallado corazón le hizo exclamar:

—El sabotaje es más productivo que las drogas. ¡Ah! Me olvidaba. Ahí fuera está ese Jim Brewer.

—¿En el salón?

—No, en la acera, masticando hojas de «coca». ¿Le eliminamos?

—Por ahora, no. Es un sujeto inofensivo. Cuando se le terminen los cincuenta dólares vendrá a pedirme más y entonces...

La sonrisa de Peter se tornó cruel. Alcide Pella, que le respetaba más desde que sabía su doble condición de gángster y de saboteador al servicio de una potencia extranjera, no se atrevió a preguntarle qué futuro reservaba a Brewer.

—¿Quieres algo, más?

—Sí. Que hagas un registro en casa de Brenda Lytton. Debes aprovechar una hora en que ella esté aquí a ser posible hoy. Yo procuraré entretenerla. ¡Ah! Mándame más *whisky*.

—Ahora mismo.

Al quedar solo, Peter Cochano apretó sus sienes con los puños en un deseo de olvidar una realidad que le atormentaba: Eva Ram.

Miró uno de los retratos que adornaban su pared, el de Al Capone. Aquel hombre, pese a su vida de delitos, tuvo un hogar, unos hijos, una mujer cariñosa. Al tomarse períodos de descanso la familia le hacía sentirse más humano. El, sin embargo, obsesionado por el crimen y el espionaje, no gustó jamás de la paz del corazón.

Un camarero, en silencio, depositó en la mesa una botella de licor, retirándose. El «boss» bebió afanoso.

Si pudiera decirle a Eva que él... No. Le aborrecería. Era mejor continuar protegiendo a la muchacha.

Apuró un nuevo vaso de *whisky* y se levantó dirigiéndose al salón. Su lugarteniente, el italiano Pella, le hizo un gesto significativo indicándole la puerta en la que acababa de aparecer Brenda Lytton. Peter fue a recibirla:

—Buenas noches. Temí que no vinieras.

—¿Por qué? ¿Tanto te importo?

—Más de lo que imaginas. Soy hombre impresionable... Ella lanzó una carcajada.

—Procura que no te oigan los muchachos. Se reirían de ti. Me haces el amor como un colegial.

—No me refería a eso sino a... Mejor será que nos sentemos.

Se acomodaron en una mesa situada en uno de los rincones. Cochano guardó silencio varios minutos. Brenda, impaciente, le apremió:

—Me intrigas con tu misterio.

El no repuso esperando que el camarero depositara una botella de champaña al alcance de su mano para llenar, las copas y ofrecer una a la mujer.

—¿Qué concepto tienes de mí? La aludida le miró con asombro.

—¿Te preocupa?

—Sí. Te ruego me contestes sinceramente.

—Pues... ¡Eres un producto de «Chinatown»! Vives como un lobo solitario defendiéndote a dentelladas aun de los mismos que te sirven. La caridad y la gratitud son palabras que no comprendes. Eres cruel, vengativo, ambicioso, incapaz de querer a nadie... ¿Qué te sucede? Me pediste la verdad.

Peter, que se había puesto en pie con actitud airada, se sentó de nuevo.

—Quizá estés en lo cierto, aunque todo ha cambiado. Necesito un consejo. ¿Me lo darás?

—¿Por qué no?

La duda de Cochano fue breve. El *whisky* ingerido le inclinaba a la confidencia. Ante el asombro de su interlocutora, refirió sus relaciones con Eva Ram y el inesperado encuentro con la muchacha, terminando:

—No sé qué hacer. Si quisieras ayudarme...

—¿Cómo?

—Es muy sencillo. Si hubiese una mujer de respeto en casa podría convencer a Eva que se quedara en calidad de secretaria y de ama de llaves. Una falsa historia...

—No sigas. Mis negocios me reportan mil dólares semanales y no he de abandonarlos.

—¿Y si te pagara igual?

—¡Cuatro mil al mes por pasearme! Vete a dormir, Peter. No sabes lo que dices. Bebiste demasiado *whisky*.

—Hablo en serio. Si aceptas mi oferta te librarás de riesgos viviendo como una señora. A la vez podrás ayudarme a mí y a una muchacha que acaba de perder a su madre y que se encuentra angustiada, sola...

La voz de Cochano tenía trémolos emocionados. Brenda se preguntó si era posible que el alma de aquel hombre conservara un átomo de bondad.

—Sea —dijo—. Escucho tus infracciones.

—Vayamos al reservado. Conviene que te aprendas bien el papel. Si ella descubriera la falsedad la perdería para siempre...

\* \* \*

Jim Brewer, que durante una hora masticó hojas de «coca», se levantó y, sacudiéndose la americana con las manos, se dirigió a la avenida de la India, a la taberna *cabaret* de Hank Deering que se hallaba, como en él era costumbre, bebiendo grandes tragos de *whisky* en una mesa del fondo del establecimiento. Le gustaba vigilar sus negocios.

Su hombre de confianza, Joseph Popsky, adelantó unos pasos para interceptar el camino al que entraba. El «boss» le ordenó:

—Déjale que se acerque.

Mascullando una sarta de maldiciones, el polaco se apartó, permitiendo a Brewer llegar junto al gángster.

—¿Puedo sentarme?

—Desde luego. Y tomar una copa si te apetece.

—No, gracias. Vengo por trabajo.

En el depravado y brutal rostro de Hank se dibujó una fría sonrisa.

—¿Se te acabaron ya los cincuenta dólares de Cochano? ¿Te manda él para, ingresando en mi organización, vigilarme?

Jim, con el semblante alterado por el furor, derribó de un manotazo la botella mediada de licor, y amenazó:

—Voy a machacarte la cara. Nadie me ha llamado traidor sin recibir su merecido.

Dejamos pendiente una pelea y te desafío a continuarla.

El gángster no se inmutó, con gran asombro de su lugarteniente, que acariciaba la culata del revólver.

—Cálmate. Son lógicas mis precauciones. Tengo algo para ti. Habrá otros cincuenta dólares.

—¿Qué es ello?

El «boss» sacó de su cartera la fotografía de un hombre. El inspector Wold, para facilitar la labor de Deering, le envió varios retratos del contraamaestre Jorge Ollen.

—Averigua con quién habló este tipo antes de que le mataran. Pregunta a tus amigos.

—¿Nada más?

—Será difícil. ¿Vas armado?

Brewer, que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón la automática con silenciador arrebatada por Brenda a Alcide Pella, negó:

—No. Únicamente el puñal.

—¿Quieres una pistola? Tal vez te juzguen indiscreto y quieran eliminarte.

—No es tan fácil como parece. Deme unos «pavos» a cuenta.

—Toma diez dólares.

—Gracias. Me marchó. Te traeré noticias. Necesito comprar «coca».

Volvió la espalda a Hank y con paso rápido salió del local. Ya en el exterior examinó el retrato con detenimiento y se dirigió a «El As de Trébol». Quizá Brenda, que por el tráfico de drogas conocía a todos los indeseables de «Chinatown», pudiera ayudarle.

Ella no estaba en la parte del local dedicado al público. Apenas se hubo sentado ante una mesa acudió un camarero.

—¿Qué va a tomar?

—Nada.

—Entonces váyase. Hay que consumir.

—Como quiera. Tráigame un zumo de naranja. ¡No se ría!

Tan agresivo fue el gesto de Jim que el camarero se apresuró a servirle lo pedido.

Aguardó sin impaciencia. Tal vez Brenda y Cochano hallábanse juntos pues en la puerta que comunicaba con los reservados montaban guardia dos gangsters. Además...

Su soliloquio mental fue interrumpido por la aparición de la mujer y de Peter. No se había equivocado en sus suposiciones. Al verle fueron hacia él.

—Hola, Jim. ¿Me dejas que me siente a tu lado?

—Desde luego. Y a Cochano también.

—Muy agradecido —ironizó el «boss»—. Veo que todavía te queda dinero.

—Sí, me han propuesto otro negocio. ¿Conocéis a este hombre?

Sacó el retrato del bolsillo exterior de la americana, depositándolo sobre el mostrador.

Peter palideció intensamente, lo que fue observado por Brewer.

Brenda negó:

—Es la primera vez que le veo.

—¿Y tú?

—Me sucede lo mismo. ¿Te dedicas a la busca de desaparecidos? Encierra peligro ser curioso.

—No lo dudo. Probaré en otro lugar.

—¿Por cuenta de quién realizas las investigaciones? ¿Te has convertido en confidente de la policía?

—No. Es un favor que me ha pedido mi amigo Deering.

El gángster se estremeció. ¿Qué interés tenía Hank por Jorge Ollen? Se dispuso a averiguarlo.

—No te entiendo, Jim. ¿Se trata de un contrabandista?

—Lo ignoro. «Te daré cincuenta dólares si averiguas, con quién habló este individuo», me ha dicho hace una hora. Acepté y eso es todo.

—¿Fuiste a pedir dinero?

—Sí. Lamento que no podáis ayudarme.

Hizo por incorporarse pero Peter se lo impidió.

—No tengas prisa. Se lo diré a Alcide Pella.

Se separó de los jóvenes cambiando unas breves palabras con el italiano, que se aproximó a Jim.

—Déjame ver ese retrato... Te ofrezco cien dólares por él.

—Habré de consultarlo con Deering.

Pella y Cochano cambiaron una significativa mirada.

—Bien. Toma los billetes. ¿Puedo quedarme ya con el retrato?

—No hasta que Hank me autorice.

—En «Chinatown» sobran los escrúpulos. Haz lo que te apetezca. Es posible que mañana me haya arrepentido.

—Correré el riesgo.

Alcide se alejó en unión de Peter dejando solos a Brenda y Jim. La primera le previno:

—Vive alerta. No debes frecuentar a la vez los establecimientos de Cochano y Deering. Uno u otro acabarán asesinándote. ¿No me crees? Observa las maniobras. Varios de los guardaespaldas salen del establecimiento. Te esperarán en la calle.

—No les gusta que me entere de quién era el de la foto. Comienzo a sentir sueño. Brenda Lytton suplicó en voz baja:

—¡Domínate! ¡¡Van a matarte!! ¡¡Huye!!

—Me esforzaré en complacerte, mas no creo que pueda resistir mucho tiempo. Tambaleándose como un beodo se puso en pie. Alcide Pella se le acercó:

—¿Quieres quedarte a dormir aquí?

La respuesta, por lo inesperada, sorprendió al italiano:

—No. Vas a acompañarme para que tus muchachos no me asesinen.

Había sacado la automática clavándole el cañón en la espalda. El arma era mantenida con mano firme. Cochano, al observar la escena, quiso intervenir. La advertencia de Jim cortó en seco su movimiento y el de dos gangsters.

—Por muy deprisa que disparéis me quedará tiempo de apretar el gatillo.

Se interrumpieron las conversaciones y el silencio reinó en el local. Brewer, con la decisión reflejada en el rostro, llegó al exterior. Alcide Pella dijo a tres de sus hombres que, arma en mano, dudaban si atacar o no a Jim.

—¡Quietos! Dejadle ir.

—Tú vendrás conmigo.

Anduvieron por «Chinatown» hasta las proximidades de la avenida de la India. Jim preguntó:

—¿Prefieres que te golpee con la culata o marcharte sin volver la cabeza?

—Optaré por lo último.

El italiano respiró al escuchar:

—¡Lárgate!

Con la automática en disposición de hacer fuego, Brewer penetró en el *cabaret* de Deering. Joseph Popsky se le aproximó:

—¿Buscas a Hank?

—Sí.

—Espera. Le avisaré. ¿Traes noticias de lo que te encargó?

—Mejores de las que puede imaginarse.

El lugarteniente del «boss», venciendo la antipatía que experimentaba hacia Jim; para no perder tiempo, le invitó a seguirle. Deering, en su despacho, le recibió sonriente.

—No te supuse tan pronto de vuelta.

—Yo tampoco creí verte. Nunca me he sentido tan en peligro.

Con sencillez refirió su aventura. El «boss», una vez que Brewer

hubo terminado, dijo:

—¡Magnífico! Eres el hombre que necesito. Te ofrecieron cien por el retrato. Yo les sacaré mil. ¿Qué te ocurre?

—He masticado «coca» y me muero de sueño.

—Popsky te llevará a una habitación para que descanses.

—¿No me liquidaréis?

—Yo no traiciono a mis amigos y tú has demostrado serlo. ¿Quieres quedarte a mis órdenes con quinientos mensuales y gratificaciones?

—Sí. Deseo aplastar a Cochano.

Sus párpados se cerraron. Hank mandó a Joseph:

—Procúrale una cama. Vuelve pronto. He de darte instrucciones.

Una sonrisa satisfecha cruzó el rostro del «boss». ¡Tenía a Peter en sus manos! El polaco no tardó en regresar.

—¿Qué hay, jefe?

—Siéntate. Vas a hacerle una visita a Cochano.

—¿Con los demás?

—No. Solo. Te anunciaré por teléfono exigiendo que respeten tu vida. Escúchame...

## CAPÍTULO VI

La tranquilidad de Joseph Popsky impresionó a los gangsters de «El As de Trébol». El lugarteniente de Hank Deering; acodado en el mostrador, pidió a Alcide Pella:

—Sírreme un vaso de ese petróleo al que llamáis *whisky* y di a Peter que vengo a hablar con él. ¿Hace buena noche?

—Tú lo sabrás que vienes de la calle.

—Me ha traído un automóvil. Tú, en cambio, has dado un largo paseo... Habéis hecho mal en enemistaros con Jim Brewer. Intentar asesinarle os va a costar...

—¿Cuánto?

—Se lo diré a Cochano. Si estás presente ya te enterarás. Aquí espero. Advierte a los que acarician sus pistolas que no hagan tonterías. Si me ocurre algo los federales os apresarán por saboteadores.

Pese al dominio que sobre sí ejercía Alcide no pudo evitar que temblara la mano con la que empuñaba la botella de licor.

—Es peligroso lo que afirmas.

—Depende de las circunstancias.

Joseph Popsky bebió el *whisky* de Un trago encendiendo un cigarrillo mientras Pella abandonaba el mostrador para comunicar a Peter la presencia del polaco. No fue preciso. El «boss», avisado por uno de los de su escolta, avanzó hasta el gángster.

—Pasa. Dentro estaremos más tranquilos. Ven con nosotros, Alcide.

No se hizo rogar el aludido, inquieto por su suerte.

Ya en el reservado, Cochano apremió, sin invitar a sentarse a su enemigo:

—Tú dirás. Creo que sólo un grave asunto te ha podido obligar a

meterte en la boca del lobo.

—Así es. Deering quiere hacerte un favor a cambio de... cincuenta mil dólares.

—¿Por qué tal cifra?

—Eso importaban las drogas de que te apoderaste. Nosotros callaremos que el contramaestre Ollen os conocía. El inspector Wold busca a los promotores de la voladura de un barco.

—¿Os habéis convertido en soplones?

—No; a no ser que nos obliguen.

—¿Chantaje?

—Llámalo como quieras. Tienes cinco minutos para decidirte.

En la habitación reinó el silencio. Peter, en un arrebato de ira, cogió por la solapa al lugarteniente de Hank que, sabiéndose vigilado por Alcide Pella, no se movió.

—Dile a tu jefe que le mataré donde le vea. No le daré un dólar. ¿Comprendido? No vuelvas a «El As de Trébol» o no saldrás vivo.

Le empujó con violencia, derribándole. El polaco no hizo ademán de empuñar su automática. No ignoraba la proverbial rapidez de Cochano.

Se incorporó. Aunque sus ojos centelleaban su tono de voz fue normal.

—Transmitiré tu mensaje. Lo siento por vosotros. ¿Puedo marcharme? No se atrevía a dar la espalda a sus enemigos.

—Si tardas más de tres segundos no podrás hacerlo por tu pie.

El gángster no se hizo repetir la indicación. Una vez solos Peter y Alcide, el primero interrogó:

—¿Por qué no fuiste a registrar la casa de Brenda?

—Mandé a dos muchachos. Ella no dejaba de mirarme.

—¿Qué encontraron?

—Ni drogas ni correspondencia. Sólo una cartera con mil dólares de los que se apoderaron para que atribuyera a robo el desorden de sus habitaciones. ¿Se marchó ya?

—Sí. Hace un rato. ¿Qué te parece la proposición de Deering?

—Me da miedo opinar. Tal vez hayamos cometido un error.

—No. De haber accedido, el chantaje habría continuado. ¡Ese maldito Brewer! No te preocupes. En caso de peligro huiremos al extranjero. Sigue atendiendo a los clientes. Me voy a casa. Si algo ocurriera no me telefonees. Mándame un muchacho.

—Bien.

Peter, a través del pasadizo secreto, llegó al garaje y en su «Packard» no tardó en alcanzar el «chalet» de la plaza de la Unión. El mayordomo le aguardaba.

—¿Qué hay, Ellis?

—Eva se marchó a las tres de la tarde. A la puerta le esperaba Robert Hurley. Se alejaron conversando como dos buenos amigos.

—¡Es imposible!

—También a mí me lo pareció. Les seguí hasta Marker Street. Ella reía de las palabras de su compañero. ¿Desea algo?

—Nada. Puedes retirarte.

Cochano, apenas el sirviente se hubo marchado, meditó sobre la extraña noticia de que acababa de enterarse. Sin duda, Deering, averiguando la presencia de la muchacha en casa de su rival, decidió que uno de sus hombres la enamorase para averiguar qué lazos le unían con ella o, tal vez, para tratar de sobornarla convirtiéndola en un confidente. No lo permitiría. Brenda Lytton iba a ser su salvación. Hablaría con Eva a la mañana siguiente...

\* \* \*

—Eres libre de aceptar o no, pero te suplico que, al menos, durante el primer mes acompañes a mi hermana por la ciudad. ¿Te contrarío?

—De ningún modo —repuso la muchacha—. Corresponderé a sus muchas atenciones.

Le copié ya esos capítulos. ¿Qué hago ahora?

—Descansar. Hoy comerás con nosotros. Mi hermana viene en el tren de la una. Iré a esperarla. No te digo que me acompañes porque la estación es un hervidero de gente. Puedes pasear por el jardín o leer.

—Opto por lo segundo. ¿Se va?

—Sí. Hasta luego.

—Adiós, señor Cochano.

Peter, en su automóvil, se dirigió al domicilio de Brenda Lytton. La mujer le esperaba.

—¿Me he anticipado?

—Casi media hora. No importa. Lo cerebro. Anoche asaltaron mi

casa, robándome mil dólares. Dudo si denunciar el caso a la policía.

—No lo hagas. Comenzarían las investigaciones y... Es un consejo leal. ¿Necesitas dinero?

—Me hará falta.

—A la tarde te anticiparé una mensualidad. ¿No me invitas a una copa?

El breve diálogo se había desarrollado en el pequeño vestíbulo. Cochano, acomodado en uno de los sillones del gabinete, explicó a Brenda lo que le refiriera su mayordomo, pidiéndola su opinión.

—No te des por enterado. Yo averiguaré la verdad. No me será difícil ganarme la confianza de esa joven.

—¿No tuviste nunca novio?

—Me faltó tiempo. ¿Soda?

—No, seco.

Ella le entregó un vaso mediado de *whisky*.

—¿Algún cambio en tus planes?

—Ninguno. Hemos de procurar que Eva no sospeche la farsa. Es una chica inteligente.

—Como el padre.

Se arrepintió de la ironía, mas era tarde para rectificar.

—¿Mc supones torpe?

—Perdona. No quise ofenderte. ¿Por qué no le dices la verdad y te marchas a Europa? Eso lo resolvería todo.

Peter reclinó la cabeza, apesadumbrado.

—No puedo. Han de pasar varios meses hasta que abandone San Francisco. ¿Vamos? Daremos un paseo por la ciudad para gozar del sol de la mañana.

Ya en el «Packard» avanzaron por Fourt Street y, por la avenida Marquet, pasando frente al hospital Lot, alcanzaron Thirteenth que enlaza con la calle Frederich y ésta, a la vez, con el Golden Gate, el maravilloso parque donde se alzan gigantescas coníferas y palmeras.

En silencio recorrieron los caminos para carruajes. Brenda habló:

—¿Quieres a tu hija o pretendes tranquilizar tu conciencia portándote dignamente con ella?

—Me juzgas demasiado bien y te lo agradezco. Creo que el librar a una joven del ataque de un desconocido fue el primer apto honrado de mi vida. ¿Qué me impulsó a intervenir? No lo sé. Lo

cierto es que algo sacudió mi dureza de alma y ayudé al más débil. Después... El pasado, agolpándose en mi corazón, me ha hecho ver que la vida sin más atractivo que el de la primitiva ley, la del más fuerte, es una pesada carga. Por desdicha no se puede desandar un camino de años en unas horas. ¡Y es lástima! Me cansa la lucha.

Brenda Lytton contempló unos segundos las crispadas manos del hombre en el volante del «Packard». ¿Sería sincero?

—Aún eres joven. Huye con tu hija.

—Quizá dentro de poco pueda hacerlo. Ahora no. Jamás he sido traidor. Hice una promesa y he de cumplirla.

—No te comprendo. El contrabando de drogas...

—No se trata de eso.

Se arrepintió de sus palabras. Las pupilas de Cochano claváronse con desconfianza en las de la mujer que, impávida, resistió la mirada, inquirendo:

—¿Qué te ocurre?

—Va siendo hora de que volvamos a casa. Lo espero todo de tu prudencia.

—Descuida...

\* \* \*

La entrada del mayordomo, Douglas Ellis, hizo levantar la vista a Eva Ram, que tenía entre sus manos una novela inglesa. El criado llevaba una bandeja.

—El —señor me encargó que le trajera un «cocktail». ¿Le apetece?

—Sí, gracias. Póngalo en la mesita. Ahora lo tomaré. ¿Lleva muchos años a su servicio?

—Dos. Trabajaba de camarero en un «*night-club*» y enfermé. El me protegió.

La verdad era otra. Douglas Ellis fue uno de los miembros del «gang» de Cochano. En una pelea callejera una bala le perforó un pulmón dando paso a la tuberculosis. Peter, que necesitaba un criado de confianza en su casa, le recogió y, tras un proceso curativo, le instruyó sobre su nuevo oficio, con el mismo sueldo que los restantes miembros del «gang».

—Es muy bueno el señor Cochano. Para usted y para mí ha sido

la Providencia.

—Desde luego... Me retiro. La estoy molestando.

—Al contrario. Los dos servimos a la misma persona. Usted de mayordomo y yo de secretaria. Somos compañeros. Siéntese y hablemos de nuestro jefe. Advírtame lo que le enoja para evitar enfadarle.

Douglas Ellis, halagado por el tono amistoso de Eva, se acomodó junto a ella.

—Sus negocios le ocupan la mayor parte de las horas. No repara en minucias. Exige a los suyos fidelidad. Es espléndido pero inexorable.

—No le comprendo bien.

—Igual premia que castiga. Si alguien incurre en su enojo prescinde de él.

—¿Le gusta la política?

—En absoluto.

—¿Cómo se llamaba la que ocupó antes mi puesto?

—Nunca tuvo secretaria y me extraña que la admitiera para tal cargo. Acostumbra a llevar personalmente sus asuntos. Discúlpeme la sinceridad.

—Se la estimo de veras. ¿Qué tal es la hermana del señor?

—No la conozco.

—¿Y la comida?

—La he pedido a un restaurante. Cuente con mi ayuda si la necesitara.

—Lo mismo le digo, Ellis.

Salió el mayordomo y la muchacha se abstrajo en la lectura hasta que el claxon de un automóvil la hizo ponerse en pie y mirar por la ventana del jardín. Al ver a Brenda Forrest no pudo contener una exclamación de asombro:

—¡Ella!

## CAPÍTULO VII

En la subcentral eléctrica situada en las proximidades de la avenida de la India, un operario paseaba entre los grandes transformadores.

Aburrido, luego de examinar los cuadros de control — voltímetros y amperímetros— se dirigió a una habitación contigua ocupada por tres hombres, que le miraron sin un comentario. En la pared había un teléfono.

—No hay avisos —dijo uno—. No es agradable reparar averías durante la noche.

—No cantes victoria —repuso otro, ofreciendo a los demás un paquete de cigarrillos—. No son aún las tres de la madrugada. Los vecinos acostumbran a retirarse tarde y los establecimientos cierran con la luz del sol.

—Me gusta este servicio —comentó un tercero—. La responsabilidad es menor. En el centro de la ciudad intimidan las exigencias de los abonados. Aquí se les puede mandar al diablo. No les ampara la ley.

—Pero sí la fuerza —dijo una voz irónica desde la puerta—. Levanten los brazos.

Los cuatro hombres se volvieron con sobresalto y asombro. Dos individuos enmascarados, esgrimiendo revólveres, les encañonaban con sus armas.

—¿Por dónde entraron? —inquirió el jefe del grupo de urgencia de la Subcentral—. La cerradura es...

—Incapaz de resistir a una ganzúa diestramente manejada. Pónganse en fila, de espaldas a la pared y con las manos en la nuca. Así. Me gustan los chicos obedientes.

—Es estúpido que hagamos resistencia. Han dado un golpe en vano. No encontrarán ni un dólar.

Los dos asaltantes sonrieron.

—No importa. Uno bastará para realizar lo que nos interesa. No vamos a haceros mal si sois sensatos. Pretendemos que... Os lo diré dentro de unos minutos.

Mientras el gángster hablaba, su compañero, con un fino bramante, ató las muñecas a la espalda a tres de los empleados. Una vez terminada la operación dijo al que estaba libre:

—Cuando te indiquemos dejarás a oscuras «Chinatown». No pienses engañarnos.

Telefonarán para notificarnos si lo has hecho o no.

—¿Y si me negara?

—Allá tú. Otro de los que nos miran con terror sería desatado y tú muerto —enfundó el revólver, sacando un afilado puñal—. ¿Qué respondes?

—¡Te obedeceré! —se apresuró a decir el aludido, por cuya frente se deslizaban gruesas gotas de sudor—. Me alegro por ti. Dejemos transcurrir el tiempo. Los forajidos se acomodaron en las sillas que rodeaban la mesa de despacho. El silencio era sólo turbado por el lejano rumor de los transformadores. El minuterero avanzaba inexorablemente. Los empleados se preguntaban cuál sería el futuro comportamiento de aquellos hombres. La proverbial crueldad de los gangsters inquietábales. Quizá les asesinasen para suprimir testigos. Entonces... ¿Por qué la precaución de los pañuelos cubriéndoles el rostro? No. Indudablemente no pensaban hacerles daño...

El soliloquio mental de los del grupo de urgencia de la subcentral de «Chinatown» fue interrumpido por unas autoritarias palabras.

—Llegó el momento. Prepárate a actuar. ¿Dónde estén los mandos?

—En la sala de máquinas.

—Iré contigo. A la menor sospecha te acribillo.

—No te daré oportunidad.

Dos minutos más tarde, tras alzar varias palancas, el empleado se volvió al gángster, quien preguntó:

—¿Ya está?

—Sí.

—¿Cómo es que no se han apagado las luces?

—Está previsto para que no suceda. Es imposible reparar las averías en tinieblas. Regresaron con los demás.

—Hecho Al...

—¡Calla, imbécil!

Alcide Pella fulminó al imprudente con la mirada.

—Comprueba las ligaduras e inmoviliza al que queda libre. Tendremos que marcharnos enseguida. No pierdas el tiempo.

—No, jefe.

El timbre del teléfono sonó tres veces, con leves intervalos. Era la señal convenida. El lugarteniente de Peter Cochano descolgó el auricular.

—Sí... Hecho... No tardaremos... De acuerdo.

Seccionó los cables telefónicos aguardando a que el gángster terminara de atar los tobillos de los obreros. Una vez finalizada la operación, los dos hombres abandonaron el edificio de la subcentral, y en un automóvil, dirigieron al lugar en el que iba a consumarse una de las más audaces operaciones delictivas de todos los tiempos.

\* \* \*

El autogiro descendió suavemente hasta rozar el tejado en declive de una casa. En la calle reinaba la más absoluta obscuridad.

Un individuo saltó del helicóptero, sujeto por la cintura con una cuerda que era sostenida desde el interior del aparato. En su mano derecha llevaba un maletín del que extrajo dos paquetes oscuros que introdujo por una de las claraboyas, no sin antes seccionar los cristales de la misma con un diamante. Advirtió, en un susurro:

—Deslizadme.

Anduvo hasta el borde de la techumbre, dejándose caer. La cuerda le mantuvo suspendido en el aire. Durante unos segundos se balanceó pero, ayudándose con los pies, pudo recuperar el equilibrio. Miró hacia abajo. Le separaban dos pisos del suelo.

Del interior de la taberna-cabaret de Hank Deering surgían breves resplandores. Los camareros, sin duda, portaban velas a las distintas mesas hasta que la Compañía reparase la avería. En la planta primera, dedicada a sala de juego, imperaba el silencio. También por sus ventanas se filtraban tenues claridades. En el piso

superior reinaba la más absoluta oscuridad. Los gangsters se hallaban custodiando el establecimiento.

Pegó un trozo de argamasa en uno de los, cristales, que cortó como el de la claraboya, depositándole en el alféizar, y penetrando en el interior de una habitación colocó otro oscuro artefacto, apresurándose a salir. Desde el autogiro le izaron. Ahora, libres las manos, el hombre pudo llegar con facilidad y sin rasguños junto a sus camaradas.

—Sin novedad, jefe.

—Bien.

Peter Cochano, que pilotaba el helicóptero, emprendió el vuelo a la máxima velocidad no tardando en aterrizar en la azotea de su «chalet» de la plaza de la Unión.

—Seguid montando la guardia —dijo a sus hombres—. Yo me dejaré ver.

Montó en su «Packard» dirigiéndose a uno de los «*night club*» más famosos de la ciudad, en el que le esperaban Brenda Lytton y Eva Ram...

Mientras tanto en la Avenida de la India una serie de explosiones atronaban el espacio. La calle se cubrió de tejas y vidrios y las llamas hicieron presa en el cuartel general de Hank Deering.

El infierno habíase desencadenado, una vez más, en «Chinatown».

El fuego adquirió en unos minutos grandes proporciones. Los primeros en salir del *cabaret* fueron barridos por una ráfaga de ametralladora. Los gangsters de «El As de Trébol», que rodeaban el local, dispusieron a aniquilar para siempre a sus enemigos. Tronaban las armas automáticas.

Gritos de dolor y de victoria, foganazos mensajeros de muerte, llamas devoradoras que amenazaban con destruirlo todo...

En el interior de la taberna, de bruces en el suelo, Deering mandó a Popsky:

—Entérate de si han bloqueado la salida de urgencia.

El polaco se arrastró para cumplir lo que su jefe le indicaba. Jim Brewer, que marchó a telefonar al cuerpo de bomberos y a la policía, informó al boss.

—El aparato no funciona. Cochano no es de los que olvidan

detalle. ¿Qué haremos? Hank se volvió al que así le preguntaba.

—¿Tienes miedo?

—¡Yo! ¿Dónde hay bombas de mano? Iré el primero.

—No es necesario, Jim. Quizá la puerta posterior nos brinde huida. ¡Ese perro de Peter! También esa esperanza iba a fallar. Joseph Popsky regresaba.

—¡Estamos acorralados!

En el interior del establecimiento la confusión era extraordinaria. Las mujeres gritaban y los habituales contertulios, convencidos de que en la calle les aguardaba la muerte, cercaban a los camareros gritándoles en tonos desesperados que les sacaran de allí antes de morir abrasados.

Deering, comprendiendo que sólo con serenidad se librarían de un horrible fin, mandó a su lugarteniente:

—Reúne a los muchachos en el reservado. Deja dos de guardia. ¡Rápido! ¡No podemos perder un segundo.

Penetró en su despacho seguido de Jim, que portaba una vela, y de tres hombres más. Cinco minutos más tarde, Hank comenzó:

—Aún ignoro cómo pudo producirse la voladura. Un traidor o...

—Un autogiro —completó Brewer—. Segundos después del apagón me pareció oír ruido de paletas azotando el aire. Enseguida comenzaron las mujeres a pedir luz y no pude comprobarlo.

—Es posible que nos hayan bombardeado con líquidos incendiarios. Aquí no podemos permanecer más tiempo. ¿Qué hacer?

Otra vez fue Jim el que tomó la palabra.

—Abrirnos paso con bombas de mano. Quizá muramos la mitad, pero si no se actúa con rapidez ninguno salvaremos la vida.

Un murmullo de asentimiento indicó que todos estaban conformes con la proposición de Brewer. Joseph Popsky salió de la estancia, regresando con una caja de granadas. Los gangsters llenáronse los bolsillos de cilindros metálicos. Brewer, sin esperar a que le siguieran, alcanzó el salón en el que continuaba el griterío.

—¡Silencio!... ¡Silencio!

Su tono enérgico impresionó a los que alborotaban, que cesaron en sus lamentaciones.

—Vamos a salir por la fuerza. Amparados por las explosiones y el humo, procurad salvaros.

Se arrastró hasta la puerta principal y, sin incorporarse, lanzó una bomba contra uno de los portales de la acera de enfrente, desde el que el fuego era más nutrido. Sin dar tiempo a que sus enemigos se repusieran de la sorpresa del inesperado ataque, repitió la operación. Alguien le tocó en un hombro. Era Deering.

—Actuaremos en masa —dijo el boss—. Mañana te espero en casa de Wal Ming.

—De acuerdo. Hay que silenciar las ametralladoras.

Con un valor rayano en la temeridad, Jim se puso en pie y arrojando dos nuevas bombas corrió pegado a la fachada de la casa, iluminada fantásticamente por las llamas. Apenas hubo recorrido unos metros se tiró de bruces al suelo segundos antes de que tableteara una ametralladora. Los proyectiles se clavaron en la pared, sin alcanzar a Brewer, que, guiándose por los fogonazos, lanzó una granada en tal dirección. Más explosiones le ensordecieron. Hank Deering y los miembros del «gang» atacaban a su vez. El estruendo era extraordinario. Un tropel de gente derribó a Jim, que se había puesto en pie, salvándole, quizá, la vida. Pudo incorporarse. Junto a él se desplomó una mujer alcanzada por varios proyectiles. Su grito de dolor le impulsó a huir en el momento en que se escuchaban lejanas las sirenas de los coches de la Patrulla Móvil, atraídos por el fragor de la batalla.

Pretendió entrar en una taberna, pero todas habían cerrado sus puertas, en evitación de que se les mezclara en la contienda. Acercábanse los focos de los automóviles policiales.

Acorralado, miró en torno suyo. A unos diez metros se hallaba la esquina formada por la calle Mission. Corrió metiéndose en un portal que un hombre se disponía a cerrar.

—¡Fuera de aquí!

Jim, esgrimiendo la automática, amenazó al que intentaba oponerse a su salvación.

—¡No me obligue a matarle! ¡Eche el cerrojo y dígame por dónde puedo escapar! Intimidado, el individuo obedeció.

—Al fondo del portal hay un patio, que comunica con el portal. Por allí saldrá a la avenida de Persia.

Diez minutos más tarde Brewer se alejaba de «Chinatown», consiguiéndolo antes de que el barrio fuese acordonado por la policía en sus principales arterias.

¿Dónde ir? Sonrió al darse a sí mismo la respuesta.

Detuvo un «taxi», facilitando al chofer las señas del domicilio de Brenda Lyttoon, en Fourt Street.

Llamó varias veces al timbre sin obtener contestación. Acometido por una trágica idea, franqueó la entrada con una ganzúa. Preso de angustia, registró las habitaciones. Un suspiro de alivio se escapó de su pecho. Temió encontrarla muerta.

La esperaba. En la cocina encontró embutidos, pan y un frasco de leche. Sació su apetito y, en el gabinete, tras fumar un cigarrillo, se quedó dormido...

\* \* \*

Peter, vistiendo un impecable *smoking*, dijo a un camarero, que se acercó solícito:

—¿La mesa del señor Cochano?

El sirviente le condujo a uno de los laterales. Eva Ram se levantó respetuosa al verle.

—¿He tardado? —inquirió el gángster.

—No —repuso Brenda—. Las atracciones son interesantes y tu secretaria encantadora.

¿Qué hora tienes?

—Las tres y media menos un minuto.

—Siempre tan exacto. ¿Me invitas a bailar?

—Con mucho gusto, hermana.

Salieron a la pista del lujoso «*night club*», situado en la avenida Marquet, danzando a los acordes de un fox lento.

—¿Qué tal represento mi papel, Peter?

—A la maravilla. No esperaba otra cosa de ti. Eres una mujer admirable.

—Y tú muy galante. ¿Qué te ocurre? Te tiemblan las manos.

Brenda miró en la misma dirección que Cochano, viendo a Eva conversando en pie, con un desconocido. Las sombrías palabras de Peter la estremecieron.

—¡Tendré que matarle!

—¿Quién es él?

—Robert Hurley, uno de los hombres de Hank Deering. No cesa de asediar a mi hija. Me temo que el «boss» le haya encargado

averiguar quién es o enamorarla.

—El que a hierro mata, a hierro muere.

Los dedos de Peter se clavaron en la cintura de Brenda con inusitada violencia. Ella contuvo un gemido.

—¡No vuelvas a decir eso o no sabré contenerme!

—¡Eres un bruto!

Continuaron bailando en silencio. Al regresar a la mesa, Eva danzaba a su vez. Con una sonrisa feliz en su ingenuo semblante, la muchacha se les aproximó.

—¿Me permiten que les presente a mi amigo? El señor Cochano, mi jefe. El señor...

—Robert Hurley —la interrumpió Peter—. Nos conocemos.

—Sí —repuso el gángster a las órdenes de Deering—. Nos dedicamos a los mismos negocios. Y esta señorita, ¿quién es?

—Brenda Cochano.

—¿Su hermana, Peter?

—Sí —contestó el aludido, fulminándole con la mirada—. ¿No la conocía?

—No. Se parece mucho a una vieja amiga. ¿Me permiten que les acompañe?

Peter no pudo negarse para no despertar sospechas. Pidió otra botella de «*champagne*» y, audaz, quiso desconcertar a Hurley.

—¿Hace mucho que no ve a Hank?

—Tres días. Le pedí vacaciones por un mes —se volvió a Eva—. Nos referimos a uno de los hombres más... poderosos de la ciudad, un rival de tu jefe.

—Ya no lo es, Le ha fracasado un grave asunto.

—Lo dudo.

Brenda Lytton, deseando cortar el punzante diálogo, intervino:

—Sírreme «*champagne*». ¿Nos vamos ya? Es tarde.

—A tu gusto.

Cochano llenó una copa del vino espumoso e hizo una seña al camarero.

—La cuenta.

—Ya ha sido abonada.

—¿Por quién?

Robert Hurley respondió:

—Lo hice yo. Quise tener el gusto de invitarles. No creo que se

ofenda. Entre colegas...

La sonrisa del gángster se tornó irónica, desafiante. Peter hubo de hacer un violento esfuerzo para contenerse.

—Bien. ¿Se queda?

—No. Tomaré un «taxi». Hasta mañana, Eva.

—Adiós.

Ya en el «Packard», conducido con mano diestra por Cochano, éste se atrevió a aconsejar a la joven:

—No te conviene la compañía de Hurley. No goza de buena reputación y es uno de mis enemigos. Quizá pretenda enterarse de mis negocios para interponerse.

—No hablamos jamás de usted. Le juzga mal.

—Me limité a prevenirte. Eres dueña de tus actos. A propósito. ¿Te ha dicho mi hermana que le gustaría que, mientras ella permanece en San Francisco, durmieras en casa? Es muy comunicativa y le asusta la soledad.

—Lo haré gustosa. Volviendo a Robert...

—No te preocupes —la interrumpió Brenda—. Peter es muy puntilloso en cuestiones de moral. Si a ti te parece un buen muchacho, es suficiente.

—Gracias. Es usted muy buena.

—Trátame con confianza, de tu...

—Pero...

—Hazlo; te lo ruego. Me dará la sensación de que me quieres más. Eva miró con ternura a la que así le hablaba.

—Gracias. ¡Estoy tan necesitada de cariño!

—Me ha contado mi hermano tu historia. Tienes que hacer frente, con optimismo, al porvenir. Ya llegamos.

Penetraron en el chalet. Brenda rogó al mayordomo que condujera a la joven a su habitación, quedándose a solas con Peter.

—Mañana, para representar mejor la farsa, prepara a Eva trabajo mecanográfico. He de ir a mi piso.

—Lo haré. ¿Qué te parece?

—Una gran chica. Tarde o temprano averiguará la verdad y entonces le será más difícil perdonarte. ¿Quieres que yo le cuente...?

—Por ahora, no. A veces pienso despedirla, despreocuparme totalmente. Algo jamás experimentado me grita que no debo añadir

una canallada más a mi historia de crímenes.

—Allá tú. Hasta mañana.

No deseando prolongar la conversación, Brenda Lytton penetró en su dormitorio, comunicando con el de Eva por una cortina que ocultaba un arco de medio punto...

## CAPÍTULO VIII

Brenda abrió la puerta de su domicilio, y una vez en el interior se detuvo sobresaltada, esgrimiendo la automática, oculta en el bolso. Oíase un ruido lejano. Alguien utilizaba el cuarto de baño.

Acercóse a la habitación de aseo, llamando con los nudillos.

—¿Quién hay dentro?

Repitió por dos veces. Una voz juvenil repuso:

—Brewer. Gracias a Dios que has regresado. Pensaba prender fuego a San Francisco.

Ve haciendo el desayuno.

Resultaba inaudito el descaro de aquel hombre. No tan enojada como ella quisiera, se sentó en uno de los butacones del gabinete. Cinco minutos más tarde, en mangas de camisa, era saludada por Jim. Brenda no pudo menos que admirar las regulares proporciones del masculino cuerpo, enjuto, pero musculoso.

—No necesito decirte que estás en tu casa.

—No seas irónica. Anoche me libré de Peter y de la policía milagrosamente. ¿No sabes lo ocurrido?

Intrigada, la mujer le apremió para que le contara su aventura. Brewer no se hizo rogar.

—Aún no sé cómo pudimos escapar. ¿Dónde estuviste tú?

—¿Te importa?

—Sí. He de protegerte. Me salvaste la vida y... Brenda lanzó una estrepitosa carcajada.

—No continúes. Ni antes ni después te has embriagado de «coca».

—La primera vez, sí. Después, comprendiendo la gravedad de la situación, me he limitado a masticar hojas inofensivas, Gracias a ello aún vivo.

Denotaban sinceridad las palabras de Jim. Su interlocutora, agradecida a tal prueba de confianza, le refirió el pasado de Cochano y el papel que representaba en su casa, inquiriendo:

—¿Cuál es tu juego?

—¿Y el tuyo?

—A una pregunta no se responde con otra. No es correcto.

—Es posible. ¿Introduciéndote en la «familia» de Cochano buscas sólo dinero?

—En efecto.

—No puedo creerte. ¿Quién eres en realidad?

—La que conoces. ¿Y tú?

—Un malhechor. ¿Por qué no preparas unos emparedados? Si te quitaras las cremas que te afean el rostro podría admirarte.

—Eres muy galante. Te complaceré. Mis poros necesitan descanso. ¿Entraste por una ventana?

—Utilicé mis ganzúas, como un ladrón. No soy sino eso. ¿Lo dudas?

—Sí; hay nobleza en tu rostro. En la nevera encontrarás mantequilla y zumos de frutas.

Haz tú los honores.

Brenda Lytton salió para su dormitorio y Jim, en la cocina, dispuso unos sándwiches. Media hora más tarde se disponían a consumir las viandas. Brewer, contemplando a la joven, dijo:

—Quisiera no ser un delincuente para pedirte que me permitieses estar a tu lado toda una vida.

La mujer pretendió echar a broma la frase de Jim, pero no pudo hacerlo. Su mirada, fundiéndose con la de Brewer, reflejó congoja, pesar.

—¡Por favor! —suplicó—. No tengo tiempo para pensar en mí.

Desayunaron en silencio. El, incorporándose, se puso la americana que estaba colgada del respaldo de una silla y tendió la mano a Brenda.

—Adiós. Será difícil que volvamos a vernos. Intentaré localizar a Deering para ayudarle a aplastar a Cochano.

Estrechó la mano de Brenda, abandonando la casa. Ella, desde una de las ventanas, le vio alejarse por Fourt Street en dirección a la dársena central...

Herbert Wold estudiaba en su despacho las notas que le facilitó horas antes Gerald

O'Days,

su más valioso auxiliar en la policía federal, cuando le distrajo el timbre del teléfono. Descolgó el auricular.

—¿Quién llama?... Sí... Lo haré...

Examinó un magnetofón que, conectado con el aparato telefónico, podía registrar cualquier diálogo a voluntad del inspector, y autorizó.

—Empiece.

Conforme Wold escuchaba lo que era impresionado su semblante reflejaba los más diversos sentimientos. Duda, inquietud, gozo... Un clic metálico al otro lado del hilo le convenció de que su misterioso informador no gustaba perder segundo.

No dando crédito a lo que había oído, puso de nuevo en marcha el magnetofón, oyendo a través del altavoz:

«Le habla el agente

M-37.

Consulte con Washington la cifra. Por ningún concepto deje de cumplir mis órdenes. No le visito porque me sé vigilado. Hasta que no se le indique, no proceda a la detención de Peter Cochano. Dé instrucciones a sus agentes para que no le sigan. Es necesario que se crea a salvo. No vuelva a ocuparse del sabotaje de la Bahía. Es cosa nuestra. Supongo que Hank Deering le citará. Si es así, procure no ser visto y dígame que ya ha apresado al culpable, insistiendo tantas veces como sea preciso en la inocencia del “boss” rival. No confirme este mensaje en la oficina privada de San Francisco. Suerte».

Eso era todo. De haberse retrasado unos minutos la llamada, Corchano y su lugarteniente Alcide Pella habrían sido apresados. Deering comunicó con él para referirle el ataque de la noche anterior y la certeza de la culpabilidad de Peter. Dejándose llevar por una corazonada, el inspector hizo girar el disco del teléfono.

—¿Hank? —inquirió.

Hubo una leve pausa, durante la cual Wold tamborileó con los dedos en el tablero de la mesa.

—Aquí, Herbert. He de darle una mala noticia. Cochano es

inocente...

—¿...?

—Sí. Hemos detenido al culpable.

—¿...?

—Convicto y confeso. Lo siento por su venganza.

—¿...?

—No hay posibilidad de error. Usted eslabonó hechos que en sí no estaban relacionados.

—¿...?

—Lo tendré en cuenta. Adiós.

Colgó, y cerrando el expediente paseó a grandes zancadas por el despacho. Estaba nervioso, desasosegado.

Gerald

O'Days

inquirió desde la puerta:

—¿Le interrumpo, jefe?

—No. Entre. ¿Tiene novedades que comunicarme?

—Sí A la hora del asalto al *cabaret* de la avenida de la India, Peter se hallaba en un «nigth-club» en compañía de dos mujeres, una de ellas Brenda Lytton. ¿Qué hace?

—Pedir conferencia con Washington. No me atrevo a ordenar que cesen en el seguimiento de ese hombre.

El secretario ejecutivo del Servicio Secreto le alivió comunicándole que

M-37

era el inspector encargado del caso, hombre de probada fidelidad.

—Me tranquiliza, señor —satisfecho del resultado del breve diálogo se volvió a

O'Days

—: A usted y a sus compañeros les conviene olvidarse de la existencia de Cochano.

—Pero...

—¡Transmítalo!

—A la orden.

Satisfecho, Herbert Wold encendió un grueso habano, abstrayéndose en la contemplación de las volutas de humo...

Robert Hurley, luego de telefonar a Eva Ram, se encaminó a la plaza de la Unión y, sentándose en uno de los bancos de piedra, entre dos arbustos, se dispuso a esperar. No tardó en salir la joven. Al verla, no fue a su encuentro, limitándose a levantarse. Tenía la certeza de que Peter deseaba eliminarle.

—Hola, Eva. ¿Te ha dejado salir el ogro de tu jefe?

—Con la condición de que regresara a las seis. Ha adquirido un palco para el teatro.

Disponemos de dos horas. ¿Dónde miras?

—A una ventana del chalet. Me pareció ver brillar un objeto metálico. Alejémonos pronto.

Anduvieron a buen paso hasta una parada de «taxi».

—¿Dónde iremos? —inquirió ella.

—Al lago Mountain. Es un lugar delicioso. He de confiarte un secreto. Si lo revelas me costará la vida.

—Me asustas, Robert.

—Necesito que sepas la verdad sobre Cochano.

—¿Tu colega en negocios?

—No lo es, aunque lo cree así.

Subieron a un vehículo de alquiler. Eva fue a seguir interrogándole, pero él se lo impidió con el ademán.

—Ahora no.

Acababa de reconocer en el conductor a uno de los hombres de Peter, no por el rostro —el disfraz era perfecto—, sino por una cicatriz en la mano izquierda.

Con los nervios tensos, Hurley aguardó a hallarse en los jardines que rodean el presidio. Al detenerse el automóvil en las inmediaciones del lago, la muchacha sofocó un grito de espanto. Robert había desenfundado una pistola con extraordinaria rapidez, golpeando al chofer en la nuca.

—¿Qué has hecho? Eres un...

—Calla. ¡No te bajas del coche!

Otro vehículo se acercaba. Sin perder segundo, Hurley ocupó el lugar del conductor, decidido a burlar a la muerte que intuía próxima. Puso en marcha el «taxi» y a enorme velocidad enfiló una de las avenidas para carruajes, advirtiéndole a Eva:

—¡Tiéndete en el suelo!

La muchacha no obedeció y miraba por el cristal trasero. ¡Reconocía el «Packard» de su jefe!

Robert era un hábil conductor y pudo llegar con ventaja sobre sus perseguidores a la avenida Turk, que separa los cementerios Laurel Hill y Calvary. El chofer, que permanecía inconsciente a su lado de la cabina, movióse levemente. Un nuevo culatazo le sumió en la inconsciencia.

—Voy a parar en la esquina formada por Lake Street y la avenida Parker. Te apeará, regresando al chalet, y, horrorizada, contarás a Peter y a su hermana lo sucedido. Procura que no te vean. Mientras te supongan dentro no dispararán.

—¿Por qué?

—Tuvieron oportunidad de hacerlo en el parque. Han recibido órdenes de capturarme a mi solo.

—¡No!

—¡Hazlo! Te lo pido en nombre... del cariño que te profeso.

—¡Robert!

—¡Ahora! ¡Salta o me matarán!

La joven obedeció, refugiándose en el portal. Desde su escondite vio perderse a lo lejos el vehículo conducido por el hombre al que amaba. El «Packard» no tardó en pasar también.

Eva Ram tomó un autobús hasta la avenida Marquet y desde allí, a pie, llegó a la plaza de la Unión. En el jardín, Brenda conversaba animadamente con Cochano.

—¿Cómo tan pronto de vuelta?

Ella rompió a llorar, diciendo Con voz entrecortada:

—¡Usted quiso matarle!... ¡Usted!

El «boss», con admirable cinismo, inquirió:

—¿Qué te ha pasado? ¿De qué me acusas?

Brenda abrazó a la joven, mirando con rencor a Cochano.

—Tranquilízate, pequeña. Estás a salvo. Cuéntanos.

Eva tardó en serenarse. Confortada por el cariño que le demostraba la hermana de su jefe refirió la persecución del «Packard».

—¡Robert es bueno!

—No lo dudo —repuso Peter—. Olvidé decirte que esta mañana me robaron el automóvil frente al Banco de California. He

denunciado el hecho a la policía. Quizá sea una maniobra de tu amigo para enemistarnos. Somos rivales. Verás cómo nada le sucede. Vayamos dentro. Tomarás un sorbo de cognac. Aún tiemblas. ¿Contenía?

—Sí. Perdona mi acusación anterior.

—Yo hubiese pensado lo mismo. Las pruebas me condenaban. Ponte un traje de noche. Desde el teatro, sin regresar a casa, iremos al mejor restaurante de la ciudad. Ayúdame, Brenda.

Esperó a que salieran las dos jóvenes y, con gesto feroz, encerró en su despacho, posando su mirada en el teléfono. Marcó un número.

—Peter al habla... ¡Imbéciles!... ¡Le habéis dejado escapar!... ¡No puedo fiarme de vosotros!... ¡Sobran las explicaciones! Antes de que amanezca tiene que haber muerto.

Colgó bruscamente. Sus ojos centelleaban de ira. Eva Ram no había omitido en su relato el propósito de Robert Hurley de revelar un secreto. Sin duda el de su personalidad de gángster. Antes de que su hija se enterase por otro conducto él se lo diría. ¿Cuándo? Aquella misma noche.

Fue a abrir uno de los cajones de su mesa de trabajo con un llavín y se sorprendió al encontrarlo abierto.

—Juraría que lo cerré —se dijo.

Le invadió una sensación de inquietud. Desde hacía semanas el instinto le gritaba peligro. No era sino una corazonada, pero tan ardientemente sentida que comenzó a preocuparle.

¡Huir de los Estados Unidos! Acarició la idea con deleite. En una caja de caudales secreta, empotrada en la pared, detrás de uno de los cuadros, tenía cerca de un millón de dólares en alhajas. No le sería difícil, de proponérselo, encontrar pasaje en cualquier buque de carga, rumbo a Alemania. ¿Le autorizarían sus jefes a abandonar el país? Probablemente no, a no ser que un grave motivo lo justificase.

El mayordomo interrumpió sus meditaciones para anunciarle la visita de Alcide Pella.

—Que pase enseguida.

No tardó en entrar el italiano.

—Hola, Peter: ¿Me esperabas?

—Siéntate. ¿Qué es lo que quieres?

—Darte una gran noticia. Los muchachos han localizado el nuevo refugio de Hank Deering. Se le han reunido media docena de hombres, entre ellos Jim Brewer. ¿Valía la pena visitarle?

El italiano sonrió, seguro del efecto que sus palabras iban a producir en el «boss».

Cochano, ofreciendo un cigarro puro a su colaborador, dijo:

—Hemos de aniquilarlos. No se atreverán a abandonar su escondite hasta la noche.

¿Quién los ampara?

—Wal Ming, su proveedor de narcóticos, al que creí haber matado. Vive en un edificio de dos pisos, mezcla de teatro chino y fumadero.

—Bien. Escúchame y cumple mis órdenes exactamente. Quiero exterminar a Deering, y para no ser considerado sospechoso necesito un culpable. Procederás de la siguiente forma.

Habló despacio, desarrollando un viejo proyecto, que las circunstancias le impidieron poner en práctica. Al terminar, Alcide reconoció:

—No encierra grandes dificultades. Ellos se suponen seguros.

Prendió fuego al habano con un encendedor de mesa. Peter se puso en pie, dando por terminada la entrevista.

—He de marcharme. Regresaré alrededor de las dos. Ven a comunicarme a esa hora el resultado de mi plan. ¡No fracasas!

—Lo procuraré. ¿Cazaron ya a Robert Hurley?

—Los burló. Tal vez se reúna con su jefe y...

—Si es así, le silenciaremos para siempre. ¿Algo más?

—Que tengas éxito.

—Lo procuraré. Adiós.

Salió Alcide Pella y Cochano se reunió en el vestíbulo con Brenda Lytton y Eva Ram.

—Cuando queráis. Habremos de ir en «taxi».

El mayordomo, que se disponía a abrir la verja, exclamó:

—¡Mire, señor!

El automóvil desaparecido se detuvo ante el chalet y de él se apearon dos agentes de la Metropolitana. Uno preguntó:

—¿El señor Cochano?

—Yo soy. ¿Dónde encontraron mi coche?

—Abandonado en las inmediaciones del barrio chino.

—Gracias. Felicite al inspector por su eficacia.

—Cumplimos con nuestro deber. ¿Quiere firmar aquí?

Uno de los policías tendió un block a Cochano, que hizo lo que se le indicaba.

—Carezco de tiempo para invitarles en casa. Si no les importa, les daré unos dólares para que se beban unas copas a mi salud.

El reglamento nos lo prohíbe. Buenas tardes.

—Adiós.

Brenda, intencionada, comentó viendo alejarse a los uniformados agentes:

—Conforta tratar con incorruptibles servidores de la ley. Merced a ellos, San Francisco no hierve de maldad.

Peter la miró con expresión indefinible.

—Subid. Por fortuna traje las llaves.

Las dos mujeres se acomodaron en el asiento posterior del «Packard», que se puso en marcha, guiado por Cochano con singular pericia.

El vehículo, tras cruzar la zona de la ciudad destruida por el terremoto y el fuego de 1906, se detuvo frente al Gran Teatro, en la avenida de San Francisco de California, del que salieron a las nueve y media para cenar en un restaurante italiano, en las proximidades de la Escuela de Medicina. Desde allí se trasladaron al mismo «*night club*» de la noche anterior, en el que Peter había mandado reservar una mesa.

Brenda mostrábase pensativa, y Eva miraba en todas direcciones, con el deseo de descubrir a Robert Hurley.

## CAPÍTULO IX

En el número 72 de Saratoga tenía instalado Wal Ming su lucrativo negocio. La primera planta se destinaba a representaciones de teatro chino y la segunda a inconfesables actividades.

La calle era de las más frecuentadas de «Chinatown», pues en ella congregábanse numerosos establecimientos de recreo, en especial tabernas.

Cuando Hank Deering salió del local, acompañado de sus hombres, miró en torno suyo. Un camión, cubierto con una alta lona, esperaba ante un lavadero. Anduvieron unos metros dando la espalda al vehículo. Aquello les perdió.

Un grupo formado por diez individuos, que saltaron del interior del transporte, los encañonaron por la espalda.

—¡Levantad los brazos! —ordenó Alcide Pella.

Joseph Popsky inició un gesto de resistencia, cortado por un disparo que le destrozó la cabeza. Deering, maldiciendo, seguro de que nada le salvaría de la muerte si intentaba esgrimir su revólver, fue el primero en obedecer. Jim Brewer, a su derecha, le imitó.

Pella ordenó al «boss» y al cocainómano, una vez desarmados, subir al camión, bajo la custodia de cuatro de sus hombres. Mandó al resto:

—Liquidadlos.

A sangre fría se perpetró el horrendo crimen. Los supervivientes del ataque de Cochano al *cabaret* cayeron para no levantarse más.

El vehículo, con Pella y sus secuaces, que no cesaban de vigilar a los dos prisioneros, emprendió la marcha a las afueras de la ciudad. Hank insultó a los que le vigilaban:

—Sois unos cobardes.

Uno de los gangsters quiso golpearle, pero Alcide se lo impidió.

—Déjale —volvióse a Brewer, entregándole hojas de «coca» y un saquito conteniendo cal—: Toma, mastica eso —como Jim dudara, apremió—: ¡Hazlo, si no quieres que...!

Desenfundó un cuchillo. El aludido inclinó la cabeza.

—¡Tu ganas!

Obedeció, mientras Deering, en un alarde de valor, encendía un cigarrillo...

\* \* \*

—Sentémonos, si os parece, en el cenador del jardín —propuso Peter—. He de hablar con vosotras.

—¿Conmigo también? —inquirió Brenda.

—Quiero que estés presente. Eva va a sufrir un rudo golpe.

La muchacha, pálida, contempló a Cochano, Su imaginación voló a lo que la obsesionaba.

—¿Ha muerto Robert Hurley?

—Lo ignoro. No voy a referirme a eso. ¿Tanto le amas?

—Con toda mi alma.

—Debes olvidarle. Es un fugitivo de la justicia, un indeseable...

—¡No! —Más que un grito fue un alarido—. Él es bueno.

—Tanto como yo. No permanezcamos en pie. Mi historia es larga.

Se acomodaron en butacas de mimbre, rodeados de floridas enredaderas. La luna iluminaba el pequeño parque. Brenda se preguntó si aquel hombre desnudaría su alma a la joven. Con frase entrecortada y sincera, Peter fue refiriendo toda su vida. Notábasele conmovido.

Eva le oía con los ojos agrandados por el dolor y el asombro. Empezaba a comprender. Cochano, deliberadamente, omitió hasta el final su paternidad, buscando un golpe de efecto, que realmente se produjo. La muchacha negó con energía.

—¡Es falso! Mi padre era un hombre bueno. Mamá me lo dijo siempre, y ella no mentía.

Peter, emocionado a su pesar, refirió su noviazgo e intimidades, que convencieron a Eva de la verdad de sus aseveraciones.

La joven lloró. Cochano y Brenda, abstraídos en sus ideas, encendieron sendos cigarrillos.

—Ahora comprendo sus atenciones, su afán de ocuparme en lo que no le interesaba, el viaje de su hermana...

—Brenda no es familiar mío.

—¡También me ha engañado en eso!

—Era necesario para retenerte.

Peter intentó cogerla por las manos, ganado por el cariño. Ella echó a correr hacia la casa, gritando:

—¡No me toque!...

Brenda, levantándose de su asiento, dijo:

—Es inútil que continúe. No me necesitas.

—Más que nunca. Ve y convéncela.

—¿De qué tengo que convencerla? ¿De que su padre es un hombre digno, honorable?

—Pienso rehacer mi vida. En breve nos marcharemos de los Estados Unidos. ¿Lo harás?

—Lo intentaré, aunque no confío en el éxito.

El mayordomo, que presencié desde lejos la escena sin atreverse a interrumpirla, aprovechó que Brenda se alejaba para anunciar a Cochano:

—Pella le espera en su despacho.

—Dile que ahora iré.

Con un esfuerzo de voluntad, Peter consiguió dominar su conturbado espíritu. Ahora comprendía muchas cosas de las que siempre se burlara: el sacrificio por los hijos, la nobleza de corazón, las cadenas del pasado... El tono áspero de su voz impresionó a su lugarteniente.

—¿Qué noticias traes?

—Satisfactorias. Todo se ha consumado. Llamé desde un teléfono público a la Oficina Federal para denunciar el hecho, colgando sin identificarme.

—¿Se hallaba Robert Hurley entre los muertos?

—No.

—¡Es preciso que muera! Buscadle.

—Lo haremos. ¿Qué te pasa? Parece que no te alegra haber eliminado a Deering y los suyos.

—Sí. Estoy fatigado. Mañana nos reuniremos en «Chinatown»...

El inspector Wold, después de recibida la denuncia, temeroso de una emboscada, mandó que dos patrullas se dispusieran a acompañarle al kilómetro 10 de la carretera de San José, y, en unión de Gerald

O'Days,

emprendió la marcha al lugar indicado.

—¿Por qué no detenemos ya a Alcide Pella, el lugarteniente de Cochano? Las declaraciones de los empleados de la Subcentral coinciden en que el nombre de uno de los individuos empezaba con Al... ¿Vamos a permitir que escapen, o, tomándonos la delantera, nos eliminen?

Herbert se mordió los labios para evitar una respuesta demasiado dura a su fiel ayudante, a quien no le guiaba otro afán que el de la justicia.

—Por mi gusto, ya habría actuado en el sentido que aconseja, pero... Más deprisa, Joe. El conductor aumentó la marcha, con lo que la carretera pareció estrecharse más.

—¿Quién le presiona, jefe? —le inquirió

O'Days

—. Llevo muchos años trabajando con usted y sé que no es de los que acostumbran a conceder treguas a sus enemigos.

—No hablemos de eso, Gerald.

Sacó su pitillera, ofreciendo un cigarrillo a su ayudante, quizá para quitarle el mal sabor de boca de su brusca respuesta. El federal no llegó a encenderlo. El automóvil se detuvo entre un chirriar de frenos. Wold fue el primero en saltar a tierra. Segundos después le rodeaban una docena de hombres con revólveres o metralletas.

—Nos hallamos en el lugar deseado. Que nadie actúe por cuenta propia. Joe: maniobra de manera que alumbres con los faros a ambos lados del camino.

El chofer hizo lo que se le indicaba. En la cuneta izquierda iluminó dos bultos caídos en el suelo, a los que se aproximaron. Uno de ellos tenía un puñal clavado en la espalda y no se le veía la cara.

Herbert le volvió, no pudiendo contener una exclamación de asombro al reconocerle:

—¡Deering!

—¿Quién es el otro? No está muerto, sino dormido, tal vez

víctima de un narcótico —sugirió

O'Days.

El inspector le examinó, no tardando en incorporarse:

—Sufre los efectos de la cocaína. Espósenle. Si despertara en el traslado se convertiría en un ser peligroso. Quédense cuatro hombres a custodiar el cadáver. Avisaremos al juez. Venga conmigo, Gerald. El caso, si las huellas dactilares coinciden, es demasiado claro.

—No lo dice usted muy convencido.

—Hank era un luchador. No concibo cómo pudo caer en una emboscada, y, mucho menos, morir a manos de un solo individuo.

Moviendo la cabeza, dubitativo, subió en el coche policial, seguido de su auxiliar.

Apenas hubo entrado en el despacho sonó el teléfono.

—Le han llamado varias veces —dijo un sargento—. No quisieron dejarme recado.

—Bien —tomó el auricular—. Diga, diga... sí... ¡Explíquese con claridad!... Me molesta andar a ciegas... No... No me opongo... Conozco su voz... Lo haré —mientras colgaba, masculló entre dientes—: ¡Otra vez

M-37!

—¿A qué se refiere, inspector?

—A un fantasma,

O'Days.

No ambicione ascender. De agente se vive con menos responsabilidades.

—No le entiendo.

—Ni es necesario. Que despierten a ese individuo y me lo traigan. Necesito interrogarle en privado. Cada día encierra una nueva sorpresa. Prefiero enfrentarme con criminales a colaborar con el Servicio Secreto. Vaya a lo que le he indicado.

—Sí, señor.

Herbert Wold encendió un puro, más que por el placer de fumar por el de morder la punta del cigarro.

Una hora después, tras una larga conversación con el detenido, perplejo, ordenaba encerrarle en una celda del sótano de jefatura para recibir el informe de los especialistas en huellas.

—Las de Jim Brewer son las únicas que se ven en el puñal que

mató a Hank Deering.

Ese hombre es el asesino...

## CAPÍTULO X

Peter, seguro de no poder conciliar el sueño, no se acostó, disponiéndose a pasar la noche en la biblioteca. Douglas Ellis, el mayordomo, se atrevió a aconsejarle:

—Necesita descansar.

—Hazlo tú, si quieres —repuso el «boss» desabridamente.

El criado, conocedor del enérgico carácter de su amo, no insistió. Con intervalos de una hora le llevaba tazas de café. Cochano, hundido en un sillón unas veces, y otras paseando agitado, no cruzaba con él palabra.

—¿Qué hora es? —preguntó en una de las ocasiones—. Se me ha parado el reloj.

—Las seis y cuarto. ¿Le preparo el baño?

—Sí. Y un traje de calle.

A las siete y media, confortado por el contacto del agua, desayunaba en su despacha Abrió la caja de caudales disimulada en una de las paredes, palideciendo. El estuche con las joyas no estaba en el mismo sitio en que acostumbraba a dejarlo. Examinó el contenido. Nada faltaba. Los billetes hallábanse apilados al fondo y la carpeta de documentos los cubría.

Pensó en Brenda. Ella, conociéndole, no era capaz de traicionarle. Además, el complicado mecanismo resultaba imposible de violentar por un profano. La mujer dedicábase únicamente al tráfico de drogas. Los nervios comenzaban a traicionarle.

Cerró y se dispuso a salir al jardín. Eran las ocho de una espléndida mañana. En el *hall* le abordó Brenda Lytton:

—Buenos días, Peter.

—Hola. ¿Cómo tan temprano?

—Eso mismo te pregunto yo. ¿No has dormido?

—No. Tú tampoco, por lo que veo.

—Acertaste —confesó la mujer—. Me da pena esa criatura. No ha cesado de llorar. Cochano contrajo los labios en un gesto de preocupación.

—¿Crees oportuno que entre a verla?

—No; todavía es pronto. Ve tranquilo a tus asuntos. No la permitiré que se marche. Quizá la convenza de que ha de perdonar.

—Lo consigas o no, te debo mucho.

—No merece la pena. ¿Comerás en casa?

—Sí. Adiós.

Salió el gángster, encaminándose en el «Packard» a «El As de Trébol». Penetró en el reservado por el garaje. Alcide Pella le esperaba sonriente, con un ejemplar de la edición matutina del Chronicle.

—Toma, lee.

—Hazlo tú en voz alta. Me duele la cabeza.

No se hizo rogar el italiano, y, con entonaciones triunfales, comenzó:

—«Un cocainómano mata de una cuchillada a uno de los jefes de “gangs” más temidos de la ciudad» —explicó—: Éste es el primer titular, al que siguen otros. «Jim Brewer declara no recordar lo que le sucedió hasta ser interrogado por el inspector Wold». «El detenido no niega que pudo cometer el asesinato». «Uno de los contertulios a la taberna de Hank Deering, en “Chinatown”, afirma que semanas antes la víctima peleó a puñetazos con el famoso “boss”»...

—Yo seguiré. Sin duda la «coca» ha perturbado a ese hombre. Es inconcebible que no se defienda, acusándome. ¿Te reconoció al apresarle?

—Su táctica no es mala. Tal vez el jurado se convenza de que su mano la movió la droga y no la voluntad.

Era justo el razonamiento de Pella. Peter, una vez que hubo leído el reportaje del cronista de sucesos del más importante periódico de San Francisco, dijo:

—Si insiste en su actitud me evitará gastos de abogado y molestias. Ahora, Alcide, descansaremos. La atención de los federales se centrará en nosotros. ¿Novedades?

—La taberna da crecidos beneficios y tenemos reserva de

estupefacientes para un mes.

¿Te vas?

—Sí; quiero hacer ejercicio.

Media hora más tarde Cochano se detenía en un comercio de tejidos para adquirir un traje de baño. Después dirigióse a la costa a gran velocidad, buscando un lugar desierto, unas millas al sur de la capital.

Permaneció casi toda la mañana en la playa. Hombre habituado a pasar los noches en vela, su fuerte organismo apenas si se quebrantó por la anterior vigilia.

Sus enemigos habían muerto. Acabó el temor de ser acribillado a balazos; por la espalda, como lo fueron tantos otros magnates del crimen.

Llegó a la una y media al chalet. Eva Ram conversaba animadamente con Brenda. Callaron al sentirle, incorporándose. Peter acercóse a la muchacha, y, poniendo su mano derecha sobre su cabeza, preguntó:

—¿No me odias, hija?

El silencio fue breve. A la joven le temblaban los labios al responder:

—No...

Peter miró a Brenda Lytton en un mudo mensaje de gratitud. Ella, para disipar la tensión, anunció:

—La comida nos espera. ¿Vamos?

—Tomemos primero un cocktail. ¿Sabes prepararlos, Eva?

—No muy bien; pero lo intentaré.

El almuerzo transcurrió animado, feliz. Cochano hablaba del futuro.

—Te llevaré a Florida, a Nueva York, a Washington... Quiero que, a mi lado, olvides lo que no sea el presente.

Salieron de nuevo al jardín para tomar los licores al aire libre. Douglas Ellis, el fiel mayordomo, llevó los periódicos de la mañana.

—Tal vez le guste leerlos.

Peter le fulminó con la mirada mas ya era tarde. Brenda había cogido uno de los diarios. Lanzó un débil grito:

—¡No!...

—¿Qué te sucede? —inquirió Cochano. Ella, rehaciéndose, le observó, acusadora.

—¿No sabes la noticia? Han matado a Deering.

—¿Quién?

El fingimiento del gángster era perfecto.

—Se acusa a Jim Brewer. Me resisto a creer que lo ignores.

—Pues así es. Eva me tenía muy preocupado. Déjame que lo vea  
—simuló leer la información que ya conocía—. ¡Es increíble! Ese individuo no era hombre para Hank. Tuvo que hacerlo por la espalda.

—¡Él no es un cobarde!

—Me limito a coincidir con el periodista. ¿Dónde vas?

—A convencerle de que debe defenderse.

—Yo en tu lugar no lo haría, Brenda. Su postura es inteligente. Embriagado de cocaína, quizá el Jurado le conmute la pena de muerte por la de reclusión perpetua.

La idea, expresada horas antes por Alcide Pella, no hizo desistir de sus propósitos a la mujer, que penetró en la casa para coger su bolso.

—Llévate mi coche. Nada tengo contra ese hombre. Dispón de mi dinero y de mi influencia.

El cinismo de Peter no engañó a Brenda. Eva Ram se ofreció:

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario. Vendré a cenar.

Montó en el automóvil del «boss», perdiéndose pronto de vista. Iría a visitar al inspector Herbert.

Tardó más de media hora en ser recibida por Wold, quien, no muy amablemente, repuso a las pretensiones de la mujer:

—No puedo concederle lo que solicita. Alégrese de que no mande detenerla. No desconozco sus actividades en el tráfico de drogas. ¡Fuera de aquí!

—Me asombra su amabilidad —contestó ella sin desconcertarse—. No me marcharé sin verle. Puedo ordenárselo.

—¿En virtud de qué?

—De una cifra y de tres siglas. Soy auxiliar de  
M-37

y pertenezco al Servicio Secreto. Abrió su bolso y, desmontando el forro, extrajo un carnet, que mostró al asombrado inspector, quien, súbitamente encolerizado, barbotó:

—¡Acabarán volviéndome loco! ¿Qué es lo que pretenden? Voy a

olvidarme de todo y a meter en la cárcel a Alcide Pella y a ese cerdo de Cochano.

—Modere su lenguaje o...

—¿Me amenaza?

—Tendré que ponerme a su altura. También sé emplear palabras gruesas. Usted, como yo, se limitará a obedecer a M-37.

—¿Quién es ese agente?

—Lo ignoro.

—No la creo. Voy a dar instrucciones para que la acompañen a la celda de Brewer.

—Me emociona su sensatez.

Un policía condujo a la muchacha a un calabozo.

—Pase. Cuando quiera salir, llame con los nudillos.

Cerró a espaldas de Brenda. La iluminación de la celda era tenue, por lo que tardó en ver a Jim.

—Hola —dijo ella, sencillamente.

—¿Para qué has venido?

—¿Así me recibes? Pretendo hacerte un favor.

—¿De veras? Dame un cigarrillo; terminé el tabaco y el dinero para comprar más. La mujer, desconcertada, le entregó el paquete.

—Quédatelo. ¿Mataste a Hank?

—No recuerdo nada; no sé por qué me tienen preso.

—No finjas. Vengo a salvarte. Escúchame; te mentí al referirte mi historia. No soy una delincuente, sino un miembro del Servicio Secreto de los Estados Unidos. Obedeciendo órdenes me infiltré en «Chinatown». Tenía que averiguar quién dirigía un gran contrabando de «coca». Trafiqué en drogas.

—Estimo tu confianza. Es exagerado tu interés por mí. ¿Acaso me quieres? Brenda asintió con el gesto y la palabra.

—Sí.

El, en una reacción que sorprendió a la joven, se aproximó, cogiéndola por los hombros.

—Soy un hombre sin otro porvenir que la silla eléctrica o el presidio. No merezco tanto.

—Es posible; pero... Hubo un momento en que creí que estabas enamorado de mí. Fue una corazonada, no sé qué...

Jim sonrió con ternura, y, atrayendo el femenino cuerpo contra

el suyo, la besó en los cabellos.

—No te equivocaste. Es mejor que todo acabe.

—Interpondré mi influencia, suplicaré a mis superiores... Haré lo que sea preciso.

—Nada conseguiríamos. ¡Si vieras el bien que me has hecho! Ya no me importará morir...

Brenda lloraba dulcemente. Brewer, conmovido, se mordió los labios para ahogar las palabras que a borbotones fluían a sus labios. Ella, desesperada, sugirió:

—Te dejaré mi pistola para que huyas.

—Gracias, querida. No cambio mi libertad por la tuya, Has de prometerme una cosa.

—Di.

—No intervenir en mi proceso. Escucha: la coartada de Cochano es perfecta y supongo que también la de Alcide: Quizá, refiriendo mi historia desde que llegué a «Chinatown», consiguiese salvarme del patíbulo, mas no de una larga condena de veinte o treinta años.

¡Toda una vida! La opinión pública pesará en el ánimo de los del Jurado. Se desea exterminar al gangsterismo. Un «gang» ha sido eliminado. Ajusticiándome a mí habrá un indeseable menos. ¡Sé valiente!

—¡No podré resistirlo! Él le acarició las mejillas.

—Voy a formar un mal concepto de los agentes del Servicio Secreto. Siempre oí decir que eran seres valerosos, disciplinados, para quienes el sacrificio es norma de existencia. Mentiría si dijese que me ha asombrado tu revelación. Tu doble personalidad, conseguida con el maquillaje, me hizo pensar que eras una agente femenina de la Metropolitana o una aventurera que se ocultaba tras un disfraz. Serénate. Me consuela saberte a mi lado.

Brenda, tranquilizada en parte, prometió:

—¡Te salvaré!

—No harás sino perderte, Jim Brewer tiene que morir. Ha llegado su hora. Márchate ya.

Tanta firmeza puso el hombre en sus palabras, que la joven no se atrevió a oponerse.

—Déjame estar contigo otro rato. El inspector no me ha tasado el tiempo.

—Es mejor que todo termine. Adiós, Brenda. No traiciones por

mí a tu vocación y a tu patria.

La acompañó a la puerta. La mujer abandonó el calabozo, encaminándose de nuevo al despacho de Herbert Wold, que la esperaba en compañía de Gerald O'Days.

—Vine a darle las gracias. Tenga estos dólares. Procure que no le falten cigarrillos. Entregó varios billetes al inspector, —que no supo ocultar una sonrisa.

—Mucho estima a ese hombre.

—Él es bueno.

—Perdone mi brusquedad anterior. Puede disponer de mí.

—Es usted muy amable.

Estrechó la mano de Wold, que no la presentó a su subordinado para no tener que darle ulteriores explicaciones.

Brenda Lytton, obsesionada por la idea de librar a Jim Brewer de un infamante destino, se dirigió al chalet de la Plaza de la Unión. Douglas Ellis le franqueó la verja.

—¿Y el señor?

—En su despacho.

—¿La señorita?

—Lee en la biblioteca. ¡Quién iba a decir qué era su hija! Me extrañaba el repentino cambio de Cochano —rectificó—, del señor Cochano quise decir. Ahora se explica todo.

—Sí. Anúnciele que deseo hablarle.

—No es preciso. Me advirtió que cuando usted llegara, pasase. Peter la recibió con una sonrisa cortés.

—Siéntate. Advertí al mayordomo que quería hablarte, pues adiviné lo que me pedirías a tu regreso. Estoy en deuda contigo y sé corresponder. Mi abogado se ocupará de la defensa de Brewer. No me estorba ese hombre. Muerto Hank Deering, no me amenaza ningún enemigo. No escatimaré gastos por reducir su condena. ¿Me he equivocado?

—No. ¿Es sincero tu ofrecimiento? Amo a Jim.

—Lo sabía. Le salvaste una vez sin reparar en riesgos. ¿Quieres que procure su fuga?

—Se lo propuse y se ha negado. No comprendo bien su actitud.

—Quizá esté cansado de vivir. ¿De veras deseas que le ayude?

—¡Con toda mi alma!

—Lo haré. ¿Qué más necesitas?

—Sólo eso. ¿No será una artimaña para...?

No terminó la frase. Peter, con semblante grave, poniéndose en pie, repuso:

—Te prometo hacer lo imposible por sacarle del atolladero. Pongo a mi hija por testigo.

¿Te basta?

—Sí. Me marcho a casa. Cumplí mi misión.

—No por completo. Aún me resulta violento estar a solas con ella. Los silencios nos angustian a los dos. ¿Quieres sacrificarte unos días más? Así te distraerás también olvidando a Jim Brewer. Toma el dinero prometido.

Le entregó un sobre, que ella, sin abrir, guardó en su bolso.

—¿Y Robert Hurley? —inquirió.

—Debe haberse asustado. No ha vuelto a molestar a Eva. Lo celebro por él. ¡Hubiera sido implacable! ¿Conoces Los Angeles?

—No.

—Quiero enseñarle a Eva la «meca» de la cinematografía y los poblados de Santa Mónica y Santa Ana, Las antenas de televisión de los montes de San Bernardino merecen la pena verse. Yo estuve allí hace un mes. Regresaremos pronto.

—Iré excepcionalmente. Mientras dure el proceso de Jim Brewer no he de moverme de San Francisco. ¿Cuándo hablarás con tu abogado?

—Ahora mismo, delante de ti.

Durante más de quince minutos estuvo conversando telefónicamente. Dio al jurista toda clase de detalles. Colgó, no sin antes advertir:

—Es posible que se niegue a defenderse. Has de convencerle para que colabore contigo. Mañana, a las doce, te espero. ¿Vas a visitarle hoy mismo?... —Desde el otro lado del hilo debieron contestarle afirmativamente.

—Mejor. Así podrás darme detalles.

—Gracias, Peter. Has previsto lo que temo sucederá.

—Es prematuro anticipar juicios. Quiero que estés presente en la entrevista, no sólo para que te convenzas de mi buena fe, sino para que informes al abogado. Ve a buscar a Eva. Son las tres dé la tarde. Llegaremos a las diez a Los Angeles, hora propicia para conocer el

gran mundo de los astros de la pantalla. Permaneceremos en Hollywood hasta la madrugada, en que emprenderemos el viaje de regreso. Una rápida y agotadora excursión. Descansaremos el resto del día. Mañana comenzaré a liquidar mis negocios. He ganado dinero para vivir el resto de mi vida.

Brenda Lytton, agente femenino del Servicio Secreto no se estremeció por la esperada noticia.

—Voy con Eva.

Salió del despacho dirigiéndose a su habitación, contigua a la de la muchacha, que terminaba de peinarse, mientras Cochano telefoneaba a Alcide Pella citándole para la tarde siguiente. No le sería difícil llegar a un acuerdo con su socio.

De uno de los cajones extrajo una automática de pequeño calibre que substituyó por su revólver, más aparatoso. Después, cogiendo un puñado de billetes se encaminó al jardín en el que Douglas Ellis terminaba de limpiar el automóvil.

—Tendrá que proveerse de gasolina en San Simeón o San Luis.

—Bien. En mi ausencia extrema la vigilancia. Que los muchachos no se descuiden... Diez minutos más tarde el «Packard» abandonaba el chalet de la Plaza de la Unión.

## CAPÍTULO XI

Un mes más tarde el proceso de Jim Brewer tocaba a su fin. Conocíase de antemano la sentencia. El acusado parecía complacerse en acumular cargos contra él mismo en sensacionales declaraciones sobre la criminalidad de «Chinatown».

La Prensa de los Estados Unidos reprodujo ampliamente el juicio exigiendo de las autoridades la definitiva eliminación del gangsterismo. Brenda Lytton; consternada, se esforzó en vano en ser recibida por Jim, que se negaba a acudir a la sala de visitas de la prisión.

Tras anular sistemáticamente al abogado de Cochano, Brewer fue condenado a la última pena.

Eva, Peter y Brenda, que asistieron a la sesión, abandonaron la sala para montar en el «Packard». Sin cruzar palabra llegaron a la Plaza de la Unión, en donde no tardó en reunírseles el abogado. Dolan Saunders, hombre de unos cincuenta años. Eva, pretextando jaqueca, se retiró a su cuarto.

—¡Es inconcebible tal testarudez! —dijo Dolan.

—Sí —repuso Cochano—. Yo debo estarle agradecido. Ni una sola vez pronunció mi nombre. En realidad no le era necesario. Al no defenderse no necesitaba acusar.

—¡Le ajusticiarán! —exclamó Brenda.

—Nosotros no pudimos hacer más.

Las palabras del abogado eran ciertas. Entre los reunidos imperó el silencio. La mujer, angustiada, pidió permiso para retirarse, saliendo al jardín. Saunders sacó de su cartera varios documentos que puso a la firma de Cochano.

—Todo resuelto. Me entregarán los pasaportes dentro de diez días. Voy a perder mi —mejor cliente.

—Tal vez, pero no el único. ¿Qué he de hacer?

—Solicitar los billetes para el barco. Me ha sido imposible llegarme a las oficinas navieras.

—¿Hubo algún comentario de Alcide?

—No. El regentará la taberna cuyos beneficios de un año se distribuirán entre los componentes del «gang». Después, el establecimiento quedará de su propiedad. El importe de la venta de la cocaína lo ha depositado en el Banco.

—Magnífico. ¿Qué son tus honorarios?

—Mañana te pasaré la factura. Aún he de hacer dos visitas. Adiós, Peter.

—Hasta cuando quieras, Dolan.

Una vez solos, Cochano sacó dos grandes carteras de negocios, llenándolas de papeles, dinero y el estuche de las joyas. Después las guardó en la caja de caudales oculta tras el cuadro y se dispuso a reunirse con Eva y Brenda...

Peter Cochano era hombre al que la vida había habituado a toda clase de sorpresas. Sin embargo, en aquella ocasión, dos días antes de su marcha a Francia, hubo de apoyar su espalda contra la pared, temeroso de caer. Ante él una mujer le miraba.

—¡Tú!... ¡Tú!... —balbució el gángster.

—La misma. ¿De qué te asombras? Parece que has visto un espectro. El, dominándose, repuso:

—Siéntate. Necesito que charlemos de muchas cosas. De ti, de nuestra hija...

—Nació muerta.

Cochano había entrado en un bar de la Séptima Avenida para tomar el aperitivo. La camarera que acudió a servirle era...

—¡Muerta! ¿Llevas mucho tiempo en San Francisco, Eva?

—Apenas un año. Vine a Chicago. Me alegra que me recuerdes. Yo te olvidé pronto. La vida no se ha portado mal conmigo.

La que hablaba tendría unos cuarenta años y su rostro aún era bello. Peter crispó los puños con ira. La que fingió ser su hija era una intrusa. ¿Y el retrato? Afirmó:

—Me estás mintiendo. ¿Qué hiciste de la pequeña?

—Te repito que nació muerta.

Una idea surcó, como un relámpago, la mente del gángster.

—¿Te fichó la policía?

—Sí. Me complicaron en un robo de automóviles. Cumplí dos meses de condena.

Ahora se lo explicaba todo. Cochano, para no inquietar a su interlocutora, preguntó, dominándose:

—¿Dónde resides?

—En el número 10 de la calle Knok, en la planta tercera, departamento siete. ¿Irás a verme?

—¡Quién sabe! ¿Cuándo terminas tu turno?

—Dentro de una hora.

—¿Me creerás si te digo que no te he olvidado?

—No, pero te agradezco tu galantería. ¿Qué vas a tomar?

—Un doble de *whisky*. Trae el teléfono a la mesa.

—Te lo enviaré con un botones.

Minutos después Peter marcó el número de su domicilio. El mayordomo se puso al aparato.

—Di a Brenda que he de hablarla.

—No cesa de llorar. La radio dio la noticia de que al anochecer han ajusticiado a Jim Brewer. Está inconsolable.

—No la molestes entonces. Que no me esperen. Regresaré de madrugada.

Colgó, consultando su cronómetro. Eran las diez y media. Una cólera sorda le invadía. De un sorbo apuró el *whisky*, incorporándose. Llamó a Eva para abonar el importe de lo consumido.

—Mañana volveré —le dijo—. He de irme. Tengo una visita.

—¿Lo harás?

—Te lo prometo.

En el «Packard», a moderada velocidad, se trasladó a las inmediaciones de la Plaza de la Unión. Para consumir su plan necesitaba entrar en la casa sin que Eva Ram ni Brenda Lytton le viesen.

Cruzó a pie el parque, e, introduciendo una llave en la cerradura de la verja, la franqueó, atravesando el jardín. No encontró al mayordomo. Sin duda se hallaba en las habitaciones interiores.

Procuró no hacer ruido al acercarse al despacho, que abrió con su llavín. Eva se volvió al sentirle. La caja de caudales estaba abierta.

—Hola, hija —saludó irónicamente Peter—. Veo que te

entusiasman mis asuntos personales. Entre nosotros no debe haber secretos. Los lazos de la sangre todo lo disculpan.

Se acercó a la joven que, muy pálida, fue retrocediendo de forma que la mesa quedara entre ella y Cochano.

—¿Te enseñó tu madre la habilidad que hoy demuestras? ¡Es conmovedor! No hay nada como la familia. Se siente uno amparado, protegido, libre de traidores.

¿No te parece, Eva?

La aludida no respondió. Estudiaba los menores gestos de su enemigo.

—He de darte una gran noticia. Acabo de separarme de tu madre. ¡Ha resucitado! ¿No imaginas lo que me ha dicho? Que naciste muerta. No existes, ¿comprendes?

—¿Va a asesinarme?

—No —repuso con ferocidad—. Tú no has vivido nunca. La encañonó con la automática, ordenándola:

—Sepárate de ese cajón. Hay un revólver. ¡Hazlo o disparo!

Fue obedecido. Eva Ram no temblaba. Su serenidad maravilló al gángster.

—Me gustaría sentarme.

—No. Prefiero verte de pie, para enorgullecerme de mi hija, tan alta y tan bella. Vas a contestarme a una pregunta. ¿Por cuenta de quién actuabas?

—Del Servicio Secreto —dijo una voz desde la puerta—. Es mi amiga y colaboradora.

No hagas el menor movimiento, Peter. Esta noche termina tu carrera de crímenes.

—¡Brenda! ¡También tú!

La pistola que la mujer empuñaba no tembló.

—Sí. Suelta la automática.

El gángster, sorprendido, accedió. Confiaba en Douglas Ellis. ¡Si pudiera oprimir el timbre de servicio!

—Vosotras ganáis. ¿Qué tiene que ver conmigo el Servicio Secreto?

—Más de lo que te imaginas. Eva, llama a M-37.

Que cerquen el hotel. Corre el pestillo interior del despacho.

La muchacha telefoneó sin que Cochano pudiera impedirlo. Una

vez que hubo colgado el auricular, volvióse a Brenda.

—Llegaste a tiempo.

—Le vi entrar, pero no pude avisarte. Estaba coa —versando con los dos hombres, que vigilaban la casa desde el piso superior. Les llevé una botella de licor conteniendo un fuerte narcótico.

Peter se dispuso a aprovechar la primera oportunidad para lanzarse contra la mujer, desarmándola. Quiso distraerla.

—Muy inteligente.

—Tu lo has sido más. ¿Cómo llegaste a sospechar de Eva?

—Me ayudó la suerte. Encontré, a la que ella adoptó por madre. Hablamos largamente y supe que no tuvo ninguna hija. Entonces comprendí la verdad y telefoneé para confiaros.

—No imaginamos que era una trampa. Lo mismo da. El Servicio Secreto ha decretado tu detención. ¿No nos preguntas cómo conseguimos averiguar tu historia y disponer del retrato? Las dos cosas fueron fáciles. Tu pasado no es misterio para la policía. La foto la obtuvimos de la ficha de la Metropolitana. Un retoque bastó.

—Lo imaginaba.

—Creamos una historia. Me entrevisté con Eva, recién salida de la Academia de Washington. Un agente la golpeó en tu presencia para que la defendieras. Lo demás no tuvo dificultades. Has hecho tanto mal que para que la justicia se cumpliese era preciso recurrir a cualquier medió. Caíste en la trampa. Yo, en «Chinatown», frecuenté tu trato.

¡Esperaba que me pidieses que acompañara a tu hija! Durante todo éste, tiempo no hemos cesado de vigilarte, fotocopiando tus documentos. Temíamos que los destruiras.

—¿Por qué habéis tardado en actuar? —inquirió Peter.

—Necesitábamos la relación completa de los que integraban el servicio de espionaje del que eres jefe. ¿Palideces?

Cochano retrocedió unos pasos.

—Supuse que os interesaba la cocaína.

—Eso corresponde a los federales. Vas a llevarte muchas sorpresas. Robert Hurley, el que tanto te preocupó, no es sino un agente del Servicio Secreto, infiltrado en el «gang» de Deering. Durante dos años ha sido un gángster porque la patria así lo exigió. Eva ignoraba su identidad. No le fue difícil, con el pretexto de averiguar tus futuras intenciones, convencer a su «boss» de que le

dejase libertad de acción para cortejar a tu secretaria. Queríamos aumentar tus preocupaciones para que fuesen mayores tus errores. Robert fue el que, anónimamente, te informó de la remesa de drogas de que te apoderaste para enfrentar a las dos organizaciones, a fin de que os destruyerais. ¿Te sonríes?

—Sí Pienso que me he vengado de ti, Brenda. Amabas a Jim y yo ordené asesinar a Deering de forma que él pareciera el culpable, emborrachándole de «coca».

—¡Miserable!

El dedo índice de la mujer se curvó sobre el gatillo. Eva, que la observaba, dijo:

—¡No lo hagas! M37 no te lo perdonaría. No puedes devolver la vida a Brewer. Nadie debe tomarse la justicia por su mano.

—Tienes razón. La ira me ha cegado. Sobran pruebas para condenarte por alta traición si tus asesinatos no bastaran. Ignoraba por qué conducto transmitías tus mensajes. Lo supe en el viaje a Hollywood. Nos dejaste en el restaurante media hora y te seguí. Esta noche se procederá a la detención del funcionario de la emisora de televisión.

Conforme hablaba con Brenda Lytton, muy despacio, con disimulo, Cochano rozó con su dedo índice un timbre eléctrico de mesa que utilizaba para llamar a Douglas Ellis. Eva, que se dio cuenta de la maniobra, exclamó:

—¡Cuidado! ¡Vendrá el criado!

Del cajón de la mesa de despacho sacó un revólver disponiéndose a la acción. Oyeron los pasos del mayordomo y su voz:

—¿Quiere algo, Peter?

—Diga que no —amenazó Brenda en un susurro.

No tuvo tiempo de ser obedecida, porque en el pasillo se escuchó un disparo.

—¡M37! —exclamó Eva—. ¿Le habrán matado? No fue así.

—¡Abran!

Brenda Lytton describió el pestillo y un hombre, con la mano derecha en el bolsillo del pantalón, entró. La mujer sofocó un grito y Peter retrocedió como si acabara de ver un fantasma.

—¡Brewer!

—Te equivocas. Jim Brewer ha sido ajusticiado hoy. Quien te

visita es el inspector Morton, del Servicio Secreto. Tuve que disparar contra tu mayordomo. En este momento patrullas mandadas por el inspector Wold asaltan «El As de Trébol» para capturar a Alcide Pella y a los gangsters a tus órdenes. Robert Hurley, con varios miembros del Servicio Secreto, han partido para el establecimiento de Wal Ming. Veo que aún te dura el asombro, Peter. Era preciso confiarte en absoluto para apoderarnos de tus documentos, incluso los más secretos. Eva ha hecho una gran labor.

Esposó a Cochano que, vencido, se dejó caer en una de las sillas, no dando crédito a lo que veía y escuchaba. Brewer miró a Brenda.

—Te hice sufrir, querida. El deber impone penosos sacrificios. Jim necesitaba morir en tu corazón para que en él naciera una esperanza nueva.

Entraron tres hombres de paisano. Al verles,  
M-37

se envaró.

—A sus órdenes, señor. No le esperaba.

—Vine en avión desde Washington y he llegado a tiempo de presenciar tu victoria.

—La mía no. La del Servicio Secreto.

El Secretario Ejecutivo estrechó las manos de sus colaboradores, felicitándoles.

—En los Estados Unidos —anunció— se realiza la más importante redada de la historia del espionaje, encubierto bajo un contrabando de «coca». ¿Qué necesita de mí, Morton?

—Su permiso para unirme a Brenda Lytton en matrimonio. Supongo que Robert Hurley y Eva solicitarán lo mismo.

—No es difícil concedérselo. Mi enhorabuena. ¿Y los originales de las fotocopias? El jefe quiere examinarlos.

—Los encontrará en las carteras —medió la agente que se hizo pasar por Eva Ram—. Hay una fortuna en joyas.

—Bien.

El secretario ejecutivo del Servicio Secreto, acompañado de los miembros de su escolta, se apoderó de las pruebas de culpabilidad y de la riqueza mal adquirida por Cochano, saliendo. Advirtió:

—Les aguardo en Jefatura. Permaneceré en San Francisco toda la noche para salir de la ciudad al amanecer. Procedan a un minucioso registro.

—A sus órdenes.

Brenda y el inspector Morton. —Jim Brewer— unieron sus manos un segundo, en un mudo mensaje de cariño. El hombre, apartándose, ordenó:

—Hay que trabajar...

FIN



Alar Benet nació en Madrid, España en 1923.

Pseudónimo utilizado por Juan Alarcón Benito, prolífico escritor en toda clase de géneros con publicaciones editadas desde los años 50 hasta finales del pasado siglo.

Otros pseudónimos utilizados: Andrea Melotti, Fatt Rowner, John Strong, July Bungler, Magda de Medrano y John A. Lakewood.

Así mismo fue uno de los dos guionistas de la celebrada serie de Televisión Española emitida entre 1971 y 1974 titulada «Crónicas de un pueblo» en la que se narra la vida cotidiana de un pueblo tipo de España en el tardofranquismo. Ésta fue la primera serie dirigida por Antonio Mercero en TVE.

En la biblioteca nacional de España consta como autor de 564 obras y como partícipe de otras 71.